

Hermann  
**Hesse**  
*Elogio de la vejez*

Este libro ofrece una recopilación de las consideraciones de Hermann Hesse sobre la vejez, esa etapa de la vida en la que las cosas y el entorno adquieren un agradable surrealismo, y en las que los recuerdos superan en veracidad a los acontecimientos reales. Para Hesse, que escribe con la perspectiva que dan los años, la vejez es ese tiempo de transición en el que, en busca de una especie de equilibrio ante los achaques del cuerpo, reactivamos «aquel tesoro en imágenes que llevamos en la memoria tras una vida larga, imágenes a las que, al reducir nuestra actividad, damos una dimensión muy diferente a la concedida hasta entonces. Personajes humanos, que ya no están sobre la Tierra, siguen viviendo en nosotros, nos pertenecen, nos proporcionan compañía y nos miran con ojos cargados de vida».



Hermann Hesse

# Elogio de la vejez

\*

ePub r1.1

Piolin 27.11.2014

Título original: *Mit der Reife wird man immer jünger*

Hermann Hesse, 1952

Traducción: Claudio Gancho Hernández de la Huerta

Imagen de la cubierta: detalle de *Charles Darwin and his wife at the piano* (anónimo)

Editor digital: Piolin

Editor original: Antwan (r1.0)

ePub base r1.2



## UN PASEO EN PRIMAVERA

DE NUEVO LAS CLARAS lagrimillas están ahora en las yemas resinosas, los primeros pavones abren y cierran su noble vestidura aterciopelada a la luz del sol y los muchachos juegan con peonzas y canicas de piedra. Ha llegado la Semana Santa, llena a rebosar de cánticos y cargada de recuerdos con los colores crudos de los huevos de Pascua, con Jesús en el Huerto de Getsemaní, con Jesús en el Gólgota, con la Pasión según san Mateo, con los tempranos entusiasmos, los primeros enamoramientos y las primeras melancolías juveniles. Las anémonas cabecean sobre el musgo y los dientes de león brillan lustrosos a la orilla de los riachuelos que riegan la pradera.

Caminante solitario, no distingo entre los impulsos y presiones de mi interior y el concierto de la germinación, que con mil voces me rodea por fuera. Llego de la ciudad, tras un muy largo período de tiempo he vuelto a estar entre los hombres, me he sentado en una estación de ferrocarril, he visto cuadros y esculturas y he escuchado nuevas y maravillosas canciones de Othmar Schoeck. Ahora sopla sobre mi cara una agradable brisa ligera, como la que sopla sobre las anémonas ondulantes, y mientras suscita en mí enjambres de recuerdos como una polvareda, el aviso del dolor y la caducidad resuena en mí desde la sangre hasta la conciencia. ¡Piedra del camino, eres más fuerte que yo! Árbol de la pradera, me sobrevivirás, y quizá incluso tú, pequeña frambuesa, y hasta tal vez tú, anémona suavemente rosada.

Por un momento rastreo, más hondamente que nunca, la fugacidad de mi forma y me siento transportado al cambio, la piedra, la tierra, la frambuesa, la raíz del árbol. Mi sed se agarra a los signos del tránsito, a la tierra, al agua y al follaje marchito. Mañana, pasado mañana, pronto, muy pronto, yo seré tú, seré follaje, seré tierra, seré raíz, no escribas más palabras sobre el papel, no sigas oliendo el suntuoso barniz de oro, no sigas llevando en el bolsillo la cuenta del dentista, ni sigas dejándote atormentar por peligrosos funcionarios acerca del certificado de nacionalidad; tú, nube, nada en el azul; onda, fluye

en el arroyo; brota, yema, en el arbusto; sumergido estoy en el olvido, sumergido estoy en la transformación mil veces deseada.

Diez y cien veces volverás todavía a prenderme, a hechizarme y encarcelarme, mundo de las palabras, mundo de las opiniones, mundo de los hombres, mundo del placer exaltado y de la angustia febril. ¡Mil veces me encantarás y aterrará, con canciones cantadas en el batiente, con periódicos, con telegramas, con noticias fúnebres, con formularios de inscripción y con todos tus locos trebejos, tú, mundo repleto de placer y angustia, ópera encantadora rebosante de sin sentido melódico! Pero nunca más, ojalá así sea, te me perderás por completo, memorial de la caducidad, música pasionaria del cambio, disposición a morir, voluntad de renacimiento. Siempre volverá la Pascua, una y otra vez el placer se trocará en angustia y la angustia en redención, la canción de la caducidad me acompañará sin luto en mis caminos, rebosante de afirmación, rebosante de buena disposición, rebosante de esperanza.

## AGUZANDO LOS OÍDOS

Un sonido tan suave, un aliento tan nuevo  
recorre el día sombrío,  
tímido como un revuelo de pájaros,  
tan delicado como un olor de primavera.

Desde las horas matinales de la vida  
soplan los recuerdos,  
como aguaceros de plata sobre el mar  
tiemblan y pasan.

El hoy parece lejos del ayer  
y cercano al largo olvido,  
el mundo prehistórico y el tiempo fabuloso  
están ahí como un jardín abierto.

Quizá despierte hoy mi bisabuelo,  
que descansa desde hace mil años,  
y al hablar ahora con mi voz  
con mi sangre se calienta.

Quizá hay fuera un mensajero  
y enseguida entrará a verme;  
quizá aun antes que pase el día  
ya me encuentre yo en mi casa.

## **FIN DEL VERANO**

AQUÍ, AL SUR de los Alpes, ha habido un estío hermoso y resplandeciente, y desde hace dos semanas cada día he sentido un miedo secreto a que terminase lo que yo reconozco como el aditamento y el sabor oculto más fuerte de toda belleza. Temía sobre todo hasta el más leve indicio de tormenta, porque mediado agosto fácilmente puede desencadenarse cualquier tormenta, capaz de durar días y días, y para entonces ha terminado el verano, incluso cuando el tiempo se recupera. Precisamente aquí, en el sur, es casi la regla que alguna de tales tormentas doblegue la cerviz del estío hasta forzarlo a extinguirse y morir de forma rápida, violenta y brusca. Después, cuando las violentas sacudidas de alguna de tales tormentas, que se prolongan días enteros, pasan por el cielo, cuando los mil relámpagos, los inacabables conciertos de truenos, el salvaje y furioso derramarse de los templados arroyos de la lluvia se han evaporado y desaparecido, una mañana o una tarde por entre las nubes en ebullición asoma un cielo fresco y sereno del color más glorioso cargado con todo el otoño, y las sombras en el paisaje están un poco más marcadas y más negras, han perdido color y han ganado en perfiles, igual que un cincuentón, que todavía ayer parecía vigoroso y fresco y que después de una enfermedad, después de una desgracia, después de un desengaño, repentinamente tiene el rostro surcado de hilillos y en todas las arrugas han tomado asiento los pequeños signos de la erosión. Es terrible esa última tormenta veraniega y espantosa la agonía del verano, su feroz resistencia a tener que morir, su loca y dolorosa furia, su convulsión y encabritamiento, aunque todo resulta inútil y tras alguna violencia irremediabilmente tiene que desaparecer.

Este año parece que el estío no va a tener ese final salvaje y dramático (aunque siempre es posible), esta vez parece que quiere morir con la muerte serena y lenta del anciano. Nada hay tan característico de estos días, en ningún otro indicio percibo tan íntimamente esa forma peculiar e infinitamente bella del final del verano como cuando, avanzada la tarde, regreso de un paseo o de alguna cena campesina con pan, queso y vino en

alguna de las umbrías bodegas del bosque. Lo propio de esas tardes es la distribución del calor, el tranquilo y lento incremento de la frescura, del rocío nocturno, y la huida y resistencia tranquila e infinitamente dúctil del verano.

Esa lucha se deja sentir en mil ondas delicadas, cuando se camina dos o tres horas después de puesto el sol. Entonces en cada floresta densa, en cada soto, en cada cañada, todavía se concentra y esconde el calor del día, se mantiene tenazmente vivo durante toda la noche y busca cualquier hueco, cualquier reparo del viento. Para esas horas, en la cara occidental de las colinas, los bosques, magníficos almacenadores de calor, están cercados y mordidos por la fresca de la noche y no sólo cada depresión del terreno, cada cauce de arroyo, también cualquier tipo y densidad de arbolado se le manifiesta al caminante de forma precisa e infinitamente clara en los grados de calor. Exactamente igual que un esquiador al cruzar un terreno montañoso puede adivinar de un modo puramente sensible en sus rodillas balanceantes toda la configuración del campo, cada elevación y hundimiento, cada acanaladura longitudinal y transversal de la estructura montañoso, de modo que, tras alguna práctica, por esa sensación de las rodillas puede deducir durante la marcha la imagen completa de la falda de una montaña, exactamente igual leo yo aquí en la oscuridad profunda de la noche sin luna la imagen del paisaje por las delicadas olas de calor.

Penetro en un bosque y ya a los cuatro pasos, rodeado de una ola de calor que aumenta rápidamente como la suave irradiación de una estufa encendida, percibo el aumento y la disminución de ese calor gracias a la densidad del bosque. Cada cauce fluvial vacío, por el que desde hace mucho tiempo no corre agua alguna, pero que todavía ha conservado en su fondo un resto de humedad, se deja sentir por la frescura que irradia. De hecho, en cada estación del año varían las temperaturas de los diferentes puntos de un campo; pero sólo en estos días del paso del estío a los comienzos del otoño se pueden percibir de un modo tan fuerte y tan claro. Como en invierno el rojo de las rosas de los montes fríos, como en primavera la humedad rezumante del aire y de la vegetación, como en los primeros comienzos del verano los enjambres nocturnos de luciérnagas, así también hacia el final del estío esa curiosa marcha nocturna a través de las cambiantes oleadas de calor pertenece a las vivencias sensibles, que influyen profundamente en la disposición de ánimo y en el sentimiento de la vida.

Ayer noche, cuando regresaba a casa desde la bodega del bosque, allí, en la desembocadura del desfiladero frente al cementerio de *Sant' Abbondio*,

¡cómo me asaltó la frescura húmeda de los prados y del valle del lago! ¡Cómo retrocedía el calor agradable del bosque y se escondía tímidamente bajo las acacias, los castaños y los álamos! ¡Cómo se resistía el bosque contra el otoño y cómo lo hacía el verano contra la necesidad de morir! Así se defiende también el hombre en los años en que su verano declina ante la corrupción y la muerte, ante la penetrante frialdad del entorno, ante la frialdad que invade la propia sangre. Y con renovada efusión se entrega a los pequeños juegos y llamadas de la vida, a las mil bellezas encantadoras de su superficie, a las irisaciones delicadas, a las sombras fugaces de las nubes, entre ridículo y angustiado se agarra a lo más pasajero, contempla su muerte, de ella saca congoja y saca consuelo y aprende horrorizado el arte de saber morir.

Ahí está la frontera entre juventud y vejez. Algunos ya la han cruzado a los cuarenta años y aun antes, algunos sólo la adivinan tardíamente a los cincuenta o a los sesenta. Pero siempre es lo mismo: en vez del arte de vivir empieza a interesarnos aquel otro arte, en vez de la formación y afinamiento de nuestra personalidad empieza a preocuparnos su desmantelamiento y disolución; y de repente, casi de un día para otro, nos sentimos viejos y sentimos como extraños los pensamientos, los intereses y los sentimientos de la juventud. Es en esos días de transición cuando pueden apresarnos y sacudirnos ciertos espectáculos pequeños y delicados como el apagamiento y extinción de un verano, que nos llenan el corazón de asombro y zozobra y nos hacen temblar y reír.

Ni siquiera el bosque conserva ya el verde de ayer, las hojas de la vida empiezan a amarillear y bajo ellas los racimos van tornándose ya azules y púrpuras. Y al atardecer los montes tienen el color violeta y el cielo los tonos esmeralda que conducen al otoño. ¿Y después qué? Después estaremos de nuevo al final con las veladas del Grotto y al final con las tardes de baño en el lago de Agno y al final con la sesión al aire libre y la pintura bajo los castaños. ¡Dichoso aquél que encuentra después la vuelta a un trabajo sensato y de su gusto, la vuelta a unas personas queridas en algún hogar! Quien no tiene eso, a quien le han roto esas ilusiones, luego se arrastra ante el comienzo del frío hasta el lecho o emprende la huida de los viajes y como viandante contempla aquí y allá a unas personas que tienen hogar, que tienen compañía, que creen en sus oficios y actividades; contempla cómo trabajan, cómo se afanan y fatigan y cómo por encima de toda su buena fe y de todo su esfuerzo lentamente y sin que nadie lo advierta se concentra la nube de la próxima guerra, de la próxima revolución, de la próxima ruina, sólo visible a los ociosos, a los incrédulos y decepcionados, a los que han envejecido, a quienes

en el lugar del optimismo perdido han colocado su pequeña y tierna predilección senil por unas verdades amargas.

Nosotros, los ancianos, contemplamos cómo bajo el ondear de las banderas de los optimistas el mundo se perfecciona cada día, cómo cada nación se siente cada vez más divina, cada vez más sin defecto, cada vez más facultada para la violencia y el ataque gozoso; contemplamos cómo emergen en el arte, en el deporte, en la ciencia, las nuevas modas y las nuevas estrellas, brillan los nombres, gotean los superlativos de los periódicos, y cómo todo arde de vida, de calor, de entusiasmo, de vehemente voluntad de vivir, del deseo embriagador de no morir. Onda tras onda se amontonan como las ondas de calor en el bosque estival de Tessino. Eterno y vigoroso es el espectáculo de la vida, cierto que sin un contenido, pero siempre como un movimiento eterno, como un eterno rechazo contra la muerte.

Todavía se nos ofrecen muchas cosas buenas antes de entrar de nuevo en el invierno. Las uvas azuladas se pondrán suaves y dulces, los mozos cantarán en la vendimia y las muchachas jóvenes con sus tocas coloreadas se presentarán como hermosas flores silvestres entre el follaje amarillento de las vides. Todavía se nos ofrecen muchas cosas buenas y muchas de las que todavía hoy nos parecen amargas algún día nos sabrán dulces con sólo que hayamos aprendido mejor el arte de morir. Por lo pronto todavía aguardamos la maduración de las uvas, la caída de las castañas, y aún esperamos gozar de la próxima luna llena. Sin duda que cada vez seremos más viejos, pero aún veremos la muerte muy lejana. Como ha dicho un poeta:

Magníficos para la gente vieja  
son la estufa y el tinto de Borgoña,  
y para terminar una muerte dulce,  
¡pero más tarde, hoy todavía no!

## ENVEJECER

Todas las bagatelas que la juventud estima  
un día yo también las veneré:

rizos, corbatas, yelmo y espada,  
sin olvidar a las mujercitas.

Pero sólo ahora veo claro  
que para mí, el antiguo muchacho,  
nada queda ya de todo ello.

Pero sólo ahora veo claro  
lo sabio de aquella ambición.

Cierto que banda y rizos  
y la magia toda pasan pronto;  
pero lo que otrora gané,  
sabiduría, virtud, calcetines calientes,  
ah, también eso desapareció pronto,  
y sobre la tierra se cierne el frío.

Magníficos para la gente vieja  
son la estufa y el tinto de Borgoña,  
y para terminar una muerte dulce,  
¡pero más tarde, hoy todavía no!

## FINALES DE VERANO

Todavía el tardo verano regala un día y otro  
lentos de un dulce calor. Sobre los corimbos  
se cierne aquí y allá con cansado aleteo  
una mariposa que brilla cargada de oro.  
Las tardes y las mañanas respiran húmedas  
por las tenues neblinas de líquido aún tibio.  
De la morera flota con brillo repentino  
una hoja grande y amarilla en el azul suave.  
Descansa el lagarto sobre una piedra soleada,  
a la sombra de las hojas se esconden los racimos.  
Encantado parece el mundo, hechizado  
en sueño y ensoñación, avisando que lo despiertes.  
Así se mece a veces la música a lo largo  
de muchos compases, petrificada en dorada eternidad,  
hasta despertarse y escapar al hechizo  
de vuelta al ánimo de cambio y al presente.  
Nosotros, los ancianos, disfrutamos en la espaldera  
y nos calentamos las manos morenas de sol.  
Todavía ríe el día, no es el final todavía,  
todavía nos sostienen y sonrían el hoy y el aquí.

## BAÑISTAS

APENAS HABÍA LLEGADO mi tren a Baden, apenas había yo bajado con alguna dificultad la escalerilla del vagón, cuando ya se dejó sentir el encanto de la ciudad. En pie, sobre el húmedo suelo de cemento de Perron y después de avistar al portero del hotel, vi a tres o cuatro colegas bajar del mismo tren en el que yo había llegado; eran enfermos de ciática, como claramente lo indicaban el ceñido apretado de las posaderas, la marcha insegura y la expresión del rostro un tanto desamparada y llorosa, que acompañaban sus cautos movimientos. Ciertamente que cada uno de ellos tenía su especialidad, su tipo específico de achaques, de ahí también su manera propia de caminar, de vacilar, saltar y renquear y cada uno con su propia y particular expresión facial, aunque prevalecía el rasgo común; yo los reconocía a todos a primera vista como afectados de ciática, como hermanos, como colegas. Quien conozca las jugarretas del *nervus ischiaticus*, no por los manuales sino por la experiencia que los médicos llaman «sensación subjetiva», lo ve claramente.

Al punto me detuve y observé a aquellos marcados. Y hete aquí que los tres o cuatro tenían peor cara que yo, se apoyaban más pesadamente en sus bastones, movían sus jamones de forma más convulsa, ponían sus suelas en el suelo más medrosos y malhumorados que yo, todos eran más desgraciados, más pobres, más enfermos y dignos de lástima que yo. Y eso me hizo un bien extraordinario y continuó siendo un consuelo mil veces repetido e inagotable durante mi temporada de baños: en derredor gentes que renqueaban, gentes que se arrastraban penosamente, gentes que se lamentaban, gentes que se desplazaban en sillas de ruedas, que estaban mucho más enfermas que yo ¡y que tenían mucho menos motivo que yo para el buen humor y para la esperanza! Ahí había encontrado enseguida y desde el primer minuto uno de los grandes secretos y sortilegios de todos los balnearios y saboreé mi descubrimiento con verdadero placer: la asociación en el sufrimiento, el socios *habere malorum*, tener compañeros de desgracias.

Y ahora, al abandonar el andén y dejarme ir cómodamente por una calle que descendía en suave pendiente hacia los baños, cada uno de mis pasos confirmaba y reforzaba la valiosa experiencia: por doquier caminaban los bañistas a paso lento, se sentaban cansados y un tanto encorvados en los bancos de descanso pintados de verde y proseguían renqueantes y conversando en grupos. Desde allí trasladaban en el montacargas a una mujer, que sonreía cansada y llevaba una flor semimarchita en su mano enclenque mientras la lozana enfermera empujaba por detrás, rebosante de energía. Un anciano salió de una de las tiendas en las que los reumáticos compran sus postales, ceniceros y pisapapeles (de los que necesitan muchos, sin que nunca haya podido explicarme la causa) y aquel anciano caballero que salía de la tienda necesitaba un minuto para cada escalón y miraba el camino que tenía delante de sí como mira un hombre agotado e inseguro una gran tarea que le espera. Un hombre todavía joven con un gorro militar gris verdoso sobre su cabeza peluda se abrió paso vigorosamente apoyado en dos bastones y avanzando con gran trabajo. ¡Ah, los bastones, que ya se encontraban aquí por todas partes, los malditos y severos bastones de enfermo, que por abajo acababan en conteras de goma ensanchadas y que se agarraban al asfalto como sanguijuelas o pezones! Cierto que también yo caminaba con un bastón, un elegante bastón de caña de Malaca, cuya ayuda me era sumamente preciosa. Sólo en caso de necesidad podía yo caminar sin bastón ¡y nadie me había visto jamás con uno de aquellos tétricos bastones de goma! Nada de eso. Estaba claro —y cualquiera podía ver lo rápido y esbelto que yo bajaba aquella agradable calle y lo poco y medio en broma que utilizaba el bastón de Malaca, cual mera pieza de adorno, como un simple ornamento—, estaba claro lo extremadamente ligero y anodino que resultaba en mí el distintivo de los enfermos de ciática, el medroso revestimiento de los muslos; más bien quedaba simplemente sugerido y esbozado fugazmente lo tieso y aseado que yo recorría aquel camino, lo joven y sano que estaba en comparación con todos aquellos hermanos y hermanas, más viejos, más pobres y más enfermos, cuyos achaques saltaban a la vista de forma tan clara, tan imposible de disimular y tan despiadada. De cada paso sacaba yo estima y grata respuesta afirmativa, me sentía casi sano y en cualquier caso mucho menos enfermo que todas aquellas pobres personas. Más aún, si aquellos semitullidos y renqueantes todavía esperaban la curación, si aquellas gentes de los bastones de goma aún podían esperar ayuda en Baden, sin duda que mi pequeña e incipiente molestia tendría que desaparecer aquí como la nieve frente al viento cálido del sur; sin duda el médico descubriría en mí un magnífico

ejemplar, un fenómeno muy de agradecer, un pequeño milagro de la posibilidad de remedio.

Así las cosas disfruté de la felicidad del primer día a grandes tragos, celebré orgías de ingenua autoafirmación, y me hizo bien. Interesado por las figuras de mis compañeros de baño que surgían por doquier, de mis hermanos más enfermos, halagado por el espectáculo de cada inválido, empujado por cada sillón de ruedas con que me tropezaba a una compasión alegre, a una autosatisfacción plenamente participativa, vagaba bajando por la calle, aquella calle tan cómoda y agradable, por la que los huéspedes recién llegados bajaban ruidosamente desde la estación del ferrocarril hasta los baños, y que con suave oscilación descendía con una caída cómoda y homogénea hasta los viejos baños, y allá abajo a la manera de una filtración fluvial se perdía entre las entradas de los hoteles del balneario.

Lleno de buenos propósitos y de alegres esperanzas me acerqué al «palacio sagrado» donde pensaba alojarme. Valía la pena quedarse allí tres o cuatro semanas, tomar el baño diario, a ser posible pasear mucho y mantenerse en lo posible alejado de emociones y cuidados. Quizá resultase a veces un tanto monótono y no escaparía al aburrimiento, porque allí el reglamento era todo lo contrario de una vida intensa. Y yo, el viejo solitario, al que repugnaba profundamente y le costaba enorme trabajo la vida en manada y de hotel, encontraría algunas dificultades y tendría que luchar por algunos logros. Pero sin duda que aquella vida nueva y para mí inhabitual por completo, a pesar de su apariencia quizás un tanto burguesa y un tanto insulsa, también aportaría experiencias alegres e interesantes. Realmente, ¿no necesitaba en gran medida pasar de nuevo una temporada entre personas tras años de vida tranquila y salvaje en la soledad del campo e inmersa en los estudios? Y lo principal: más allá de las dificultades, más allá de estas semanas de balneario que ahora empezaban, estaba el día en que me empeñaría en subir vigorosamente aquella misma calle y en abandonar aquellos hoteles, el día en que, rejuvenecido y curado, con rodillas y caderas de juego elástico, volvería a despedirme de aquel baño y subiría bailando la bella calle de la estación.

## **ENSEÑANZA**

Más o menos, mi muchacho querido,  
todas las palabras humanas acaban siendo un embuste;  
donde relativamente más honrados somos  
es entre pañales y más tarde en la tumba.  
Después nos tendemos junto a los padres,  
por fin somos sabios, llenos de fresca claridad,  
con huesos relucientes tableteamos la verdad,  
y alguno mentiría y preferiría volver a vivir.

EL DECENIO ENTRE los cuarenta y los cincuenta siempre es un período crítico para las personas con temperamento, para los artistas; un tiempo de agitación y de insatisfacción frecuente, en el que a menudo difícilmente puede uno entenderse con la vida y consigo mismo. Pero después llegan unos años de sosiego. Yo no sólo lo he vivido en mí mismo, también lo he observado en muchos otros. Por bella que sea la juventud, por bello que sea el tiempo de la efervescencia y de las luchas, también el proceso de envejecimiento y maduración tiene su belleza y su felicidad.

Con cincuenta años el hombre deja poco a poco de cometer ciertas niñerías, de ganar fama y respetabilidad, y sin apasionamiento empieza a echar una mirada retrospectiva a la propia vida. Aprende a esperar, aprende a callar, aprende a escuchar, y si esas buenas prendas han de adquirirse mediante ciertos achaques y debilidades considera tal adquisición como una ganancia.

## EL VARÓN DE CINCUENTA AÑOS

Desde la cuna hasta el féretro  
cincuenta años discurren,  
después empieza la muerte.  
Uno se atonta, se aburre,  
se abandona, se hace más rústico  
y el cabello se va al diablo.  
Los dientes también se pierden,  
y en vez de estrechar con entusiasmo  
a las muchachas contra nuestro pecho  
leemos un libro de Goethe.  
Pero una vez más antes del fin  
quiero ganarme a una niña  
de ojos claros y cabellos rizados,  
la tomo con cuidado en mis manos  
beso su boca, su pecho y sus mejillas,  
le saco la falda y el pantaloncito.  
Después, en nombre de Dios,  
puede la muerte venir a buscarme. Amén.

SE MUERE EN EFECTO de un modo tan condenadamente lento y a trozos: cada diente, cada músculo y hueso tienen una despedida extra, cual si con ellos nos hubiera ido particularmente bien.

La juventud ha huido,

ya no estamos sanos.

Aprieta la reflexión

y ocupa el proscenio.

Anhelo ardientemente la muerte, pero no tengo ningún deseo prematuro e inmaduro, y pese a todos mis deseos de madurez y sabiduría sigo todavía honda y sangrantemente enamorado de la dulce y divertida estupidez de la vida. ¡Mi querido amigo, queremos las dos cosas a la vez, una bella sabiduría y una dulce necesidad! A menudo queremos todavía caminar juntos y juntos tropicar. Ambas cosas deben de ser preciosas.

A MENUDO ME ADMIRO de la gran tenacidad con la que nuestra naturaleza se agarra a la vida. Dócilmente, aunque en modo alguno de buen grado, uno se habitúa a situaciones, que sólo anteayer nos habrían parecido totalmente insoportables.

Superar los dolores corporales, cuando se prolongan demasiado, es ciertamente una de las cosas más difíciles. Las naturalezas heroicas se defienden contra el dolor, procuran negarlo y aprietan los dientes, al modo de los estoicos romanos; mas por bella que sea esa actitud propendemos a dudar de la autenticidad de la superación del dolor. Por mi parte siempre he conseguido superar los dolores fuertes, sobre todo cuando no me he defendido contra los mismos sino que me he dejado llevar por ellos, como cuando uno se entrega a una borrachera o a una aventura.

## **ENVEJECIENDO**

Esto es envejecer: lo que antes era gozo  
se hace fatiga, y más turbia corre la fuente,  
hasta el dolor de su sabor se desprende...  
Nos consolamos con que pronto pasará.  
Cuando antes nos defendíamos con tanto valor,  
compromisos, cargas y deberes impuestos  
se han trocado en refugio y consuelo:  
pero aún querríamos hacer una yugada.  
Mas tampoco llega lejos este consuelo burgués,  
el alma anhela y suspira por unas alas alegres.  
Barrunta la muerte lejos del yo y del tiempo  
y la respira hondamente en bocanadas ansiosas.

## REENCUENTRO CON NINA

CUANDO TRAS MESES de ausencia regreso a mi colina de Tessino, sorprendido y tocado cada vez por su belleza, no vuelvo a sentirme en casa sin más, sino que primero tengo que trasplantarme y hundir nuevas raíces aspiradoras, tengo que volver a enlazar los hilos, a reencontrar ciertos hábitos y buscar de nuevo, aquí y ahora, un renovado contacto con el pasado y el hogar antes de que empiece a fluir de nuevo la vida campesina meridional. No basta simplemente con deshacer las maletas y procurarse el calzado campesino y la ropa de verano; es necesario comprobar también si durante el invierno ha llovido intensamente en la alcoba, si viven todavía los vecinos; es necesario revisar lo que aquí ha cambiado durante medio año y cuántos pasos adelante ha dado el proceso, que poco a poco también despoja a esta querida comarca de su ingenuidad largamente preservada y la colma con las bendiciones de la civilización.

Efectivamente, en el desfiladero inferior toda una ladera boscosa ha sido de nuevo talada por completo y han construido una villa, y en una curva han ensanchado nuestra calle, acabando así con un viejo jardín encantador. Han desaparecido las últimas postas de caballos de nuestra comarca, han sido sustituidas por autos y los nuevos coches son demasiado grandes para estas callejuelas antiguas y estrechas. Así que nunca más volveré a ver al viejo Piero bajar con estruendo desde su otero con sus dos caballos rollizos en la diligencia amarilla, vistiendo su uniforme azul de postillón; nunca más volveré a verlo en Grotto del Pace para tomarnos un vaso de vino y hacer un pequeño descanso fuera de programa. Ah, y nunca más volveré ya a sentarme en Liguno, en la magnífica linde del bosque, mi lugar preferido para pintar: un forastero ha comprado bosque y prado y los ha cercado con alambre, y donde se alzaban unos hermosos fresnos ha construido ahora su garaje.

Por contra, los rodales de hierba verdean bajo las cepas en la vieja frescura, y bajo las hojas marchitas crujen como siempre los lagartos grisverdosos, el bosque sigue azul y blanco con la siempreviva, las anémonas

y la floración de los madroños, y a través de sus árboles reverdecidos centellea el lago, fresco y sereno...

En cualquier caso tengo ante mí todo el verano y el otoño, una vez más espero pasarlo bien durante algunos meses, pasar largos días al aire libre, liberarme de nuevo un poco de la podagra, jugar con mis colores y vivir una vida un poco más alegre e inocente de cuanto es posible en el invierno y en las ciudades. Los años pasan rápidos... los niños descalzos, que hace años veía correr a la escuela cuando llegaba a esta aldea, están ya casados o se sientan ante una máquina de escribir en Lugano o en Milán o trabajan detrás de los mostradores, y entretanto los ancianos de entonces, los viejos aldeanos, han muerto.

Ahora me viene a la mente Nina, ¿vivirá todavía? ¡Santo Dios, por primera vez pienso ahora en ella! Nina es mi amiga, una de las pocas y buenas amigas que tengo en la comarca. Tiene 78 años y vive en una de las pequeñas aldeas más retrasadas de la región, en la que todavía no ha dejado sentir su mano la nueva civilización. El camino hasta su casa es escarpado y difícil, tengo que bajar con sol unos centenares de metros del monte y volver a subirlos por la otra ladera. Pero enseguida me pongo en camino, recorro primero los viñedos y me adentro en el bosque, cruzo luego el pequeño valle verde y trepo después por las cuestas del otro lado, cubiertas en verano de ciclaminos y en invierno de eléboros. Al primer niño de la aldea le pregunto qué hace la vieja Nina. «Oh —me cuenta—, por las tardes continúa sentándose junto a la pared de la iglesia y toma rapé.» Contento sigo adelante: todavía vive, todavía no la he perdido, me recibirá cariñosa y, aunque gruñirá y se lamentará un poco, volverá a darme el ejemplo íntegro de una anciana solitaria, que soporta tenaz y no sin chanza su vejez, su podagra, su pobreza y su aislamiento, que no hace muecas ni reverencias al mundo sino que le dice cuántas son cinco y está dispuesta hasta su última hora a no acudir ni al médico ni al sacerdote.

Del camino deslumbrante pasé a la ermita, a la sombra de los muros antiquísimos y oscuros, que allí se alzan angulosos y altivos sobre la roca del espinazo del monte sin conocer el tiempo, sin otro hoy que el sol en eterno retorno, sin otro cambio que el de las estaciones del año. Década tras década, siglo tras siglo. Alguna vez también estos viejos muros caerán, estos rincones hermosos, oscuros y salvajes serán reconstruidos y equipados con cemento, planchas, agua corriente, higiene, gramófonos y otros bienes culturales, y sobre los huesos de la vieja Nina se levantará un hotel con la carta de platos

en francés o un berlinés construirá una villa veraniega. Hoy de momento nos mantenemos, y subo por el alto umbral de piedra y la destartalada escalera pétrea hasta la cocina de mi amiga Nina. Allí huele, como siempre, a piedra y humedad, a hollín y a café e intensamente al humo de madera verde, y sobre el suelo empedrado, delante de la chimenea gigantesca, está sentada la anciana Nina en su taburete bajo mientras que con sus dedos morenos, deformados y abotargados vuelve a cebar el fuego con los restos de leña.

«Hola, Nina, alabado sea Dios, ¿me reconoce todavía?»

«*Oh, Signor poeta, caro amico, son content di rivederla!*»

Se levanta, aunque yo no quiero permitirselo, y se pone de pie, para lo que necesita mucho tiempo pues mueve trabajosamente sus miembros anquilosados. En la mano izquierda tiene temblorosa la áspera dosis de tabaco que acaba de sacar de su petaca, envuelta en un paño de lana negro que lleva atado al pecho y la espalda. En su rostro anciano y hermoso de ave rapaz destacan los agudos ojos inteligentes, que miran un tanto tristes y burlones. Con aire burlón de camarada me mira a mí, conoce al lobo estepario, sabe que desde luego soy un signore y un artista aunque no habla mucho conmigo, que en Tessino vago de un lado para otro y que, como ella misma, tampoco he alcanzado la felicidad, aunque sin duda los dos éramos bastante agudos al respecto. Lástima, Nina, que nacieras cuarenta años antes que yo. ¡Lástima! Cierto que no a todos les pareces guapa, a muchos más bien les pareces una vieja bruja, de ojos un tanto inflamados, de miembros un tanto encorvados, de dedos un tanto sucios y con tabaco rapé en la nariz. ¡Pero qué nariz en aquel arrugado rostro aquilino! ¡Qué actitud tan pronto como se enderezaba y permanecía recta en su grandeza enjuta! ¡Y qué sagaz, qué orgullosa y despectiva, aunque no mala, es la mirada de tus ojos bellamente dibujados, libres e impávidos! ¡Mi vieja Nina, qué hermosa muchacha debiste de ser y qué hermosa mujer, intrépida y elegante! Nina me recuerda el verano anterior, a mis amigos, a mi hermana, a mi amada, a todos los cuales conoce. Y entretanto vigila atenta la caldera, ve hervir el agua, vierte el café molido del cajón del molinillo, me prepara una taza, me ofrece rapé. Nos sentamos entonces junto al fuego, bebemos café, escupimos al fuego, nos contamos cosas, nos hacemos preguntas, poco a poco nos vamos quedando callados, decimos esto y lo otro de la podagra, del invierno, de la ambigüedad de la vida.

«¡La podagra! ¡Una zorra, una maldita zorra es lo que es! Sporca puttana! ¡Que el diablo la lleve! ¡Así reviente! Bueno, dejémonos de improperios.

Estoy contenta de que usted haya venido, estoy muy contenta. Queremos continuar siendo amigos. Ya no viene mucha gente a verla a una, cuando se es vieja. Setenta y ocho años tengo yo ahora.»

Se levanta de nuevo con esfuerzo y va a la habitación de al lado donde en el espejo están las fotografías empañadas. Sé que ahora busca un regalo para mí. No encuentra nada y me ofrece una de las viejas fotografías como regalo de huésped, y como no la acepto tengo al menos que volver a tomar de su tabaquera.

La cocina ahumada de mi amiga no está muy limpia y no es nada higiénica, el suelo está lleno de escupitajos, y la paja de la silla cuelga estropeada, y pocos de ustedes, mis lectores, beberían gustosos de esta cafetera, de esta vieja cafetera de hojalata, negra de tizne y gris por los restos de ceniza y en cuyos bordes el café espesado y reseco de años ha formado una costra sólida. Vivimos aquí, fuera del mundo y del tiempo actuales, cierto que de forma un tanto mezquina y sórdida, un tanto degenerada y en modo alguno higiénica, pero a cambio estamos cerca del bosque y del monte, cerca de las cabras y de las gallinas (que corretean cacareando por la cocina), cerca de las brujas y de los cuentos de hadas. El café de la alabeada cafetera de lata tiene un sabor maravilloso; es un café fuerte y muy negro con un ligero toque aromático de sabor amargo por el humo de leña, y el estar sentados juntos tomando café y las bromas y las palabras cariñosas y el bizarro rostro anciano de Nina son para mí infinitamente más amables que doce invitaciones a tomar el té con baile, más que doce veladas de diálogos literarios en el círculo de intelectuales famosos, aunque ciertamente que tampoco querría privar a esas bellas cosas de su valor relativo.

Fuera ya se está poniendo el sol, entra el gato de Nina y salta sobre su regazo, la lumbre del fuego brilla con más calor en los enfriados muros de piedra. Qué frío, qué cruelmente frío debe de haber sido el invierno en esta elevada y vacía cueva de piedra, sin nada en su interior más que el mezquino fuego encendido que tiembla en la chimenea y la anciana solitaria con el mal de gota en las articulaciones; sin más compañía que el gato y las tres gallinas.

El gato ha salido de nuevo. De nuevo Nina se incorpora apareciendo grande y fantasmal entre dos luces, la figura acartonada y huesuda con el moño blanco sobre el rostro de ave rapaz con su mirada severa. Todavía no me deja marchar. Me ha invitado a que sea su huésped todavía una hora más y va ahora a traer pan y vino.

## **AL ENVEJECER**

Ser joven y hacer el bien es fácil,  
y estar lejos de todo lo vulgar;  
pero reír cuando el pulso se retarda  
es algo que hay que aprender.  
Y quien lo logra no es viejo,  
luminoso aún se yergue entre llamas  
y con la fuerza de su puño doblega  
por entero los polos del mundo.  
Al esperar anhelosos la muerte,  
no nos quedemos quietos.  
Queremos transigir con ella,  
queremos expulsarla.  
No está la muerte ni allí ni aquí,  
se alza en todos los senderos.  
Está en ti y está en mí  
tan pronto como traicionamos la vida.

LA GENTE, QUE EN su juventud no puede en modo alguno imaginarse anciana, es la que proporciona los mejores ancianos.

Que los jóvenes gusten de exhibirse un poco y que para ello tengan que arriesgar algo, algo que los ancianos nunca podrían compartir, no es a fin de cuentas algo insoportable. Pero todo el asunto empeora en el infausto momento en que el anciano, el débil, el conservador, el pelado, el partidario de la moda antigua, lo refiere personalmente a sí mismo y se dice: «¡Seguramente que lo hacen sólo para molestarme!». Desde ese momento la cosa se hace insoportable y quien así piensa está perdido.

Nunca me ha resultada simpática la labor de destacar o de organizar la juventud; jóvenes y ancianos auténticos sólo se dan entre docenas de personas; todas las personas dotadas y diferenciadas tan pronto son viejas como jóvenes, tan pronto están alegres como están tristes. Asunto de los ancianos es proceder de un modo más libre, más lúdico, experimentado y comprensivo con la propia capacidad amorosa de cuanto puede hacerlo la juventud. El anciano fácilmente encuentra siempre presumidos a los jóvenes. Pero la ancianidad gusta siempre de imitar los gestos y modales de la juventud, y es a su vez fanática e injusta, justificándose exclusivamente a sí misma en tanto que ofende fácilmente. La ancianidad no es peor que la juventud, ni Lao Tse es peor que Buda. El azul no es peor que el rojo. La ancianidad solo resulta inferior cuando quiere jugar a ser joven.

Lo que desde hace décadas me resulta antipático es, primero, la ciega adoración de la juventud y mocedad como la que prevalece, por ejemplo, en América; y, segundo y más aún, el establecimiento de la juventud como estado, como clase y como movimiento.

Yo soy un anciano y me gusta la juventud; pero mentiría si pretendiera decir que me interesa vivamente. Para las personas mayores, especialmente en tiempos de una prueba tan difícil como ahora, sólo hay una cuestión interesante: la cuestión del espíritu, de la fe, del tipo de sentido y piedad que se acredita estando a la altura de los sufrimientos y de la muerte. Tarea de la

ancianidad es hacer frente a los padecimientos y la muerte. Entusiasmarse, agitar, estar animada es la disposición de la juventud. Pueden mantener relaciones amistosas, pero hablan dos lenguajes diferentes.

La historia del mundo la han hecho esencialmente los primitivos y los jóvenes, que se encargan de empujar hacia delante y de acelerar la marcha en el sentido de la expresión un tanto teatral de Nietzsche: «Lo que quiere caer hay además que empujarlo» (y lo decía quien por su exquisita sensibilidad jamás habría podido dar ese empujón a un hombre o a un animal viejo o enfermo). Mas para que la historia retenga islas de paz y siga siendo soportable también requiere siempre una acción de retraso y conservación como una contrapotencia, y ése es un cometido que corresponde a las personas cultivadas y a los ancianos. Ahora bien, aunque el hombre que imaginamos y deseamos pueda seguir caminos diferentes de los nuestros y evolucionar hasta el estado de bestia u hormiga, nuestro cometido sigue siendo justamente el de contribuir a retrasar lo más posible ese proceso. Sin saberlo, incluso las potencias militantes del mundo dejan sentir esa tendencia contraria, por cuanto que —si bien de forma bastante torpe— junto a los aprestos bélicos y los voceros propagandísticos cultivan sus empresas culturales.

## HOJA DE APUNTES

Frío cruje el viento otoñal en la caña seca,  
que al atardecer encanece;  
desde la mimbrera vuelan tierra adentro las cornejas.  
Solo en la playa se detiene y descansa un anciano,  
siente en su cabello el viento, la noche y la nieve cercana.  
Desde la orilla sombría mira hacia la luz,  
donde entre la nube y el mar aún brilla  
cálida en la luz una franja de la playa más remota:  
un dorado más allá, dichoso como sueño y poesía.  
Firme en sus ojos retiene la imagen luminosa,  
piensa en el hogar y en sus años buenos,  
ve que el oro pierde el color y se apaga,  
él se vuelve y camina  
lentamente tierra adentro desde la mimbrera.

EL *PÁTHOS* es una cosa hermosa, y para los jóvenes a menudo representa algo maravilloso. Para la gente mayor es más apropiado el humor, la sonrisa, el no tomar las cosas en serio, la transformación del mundo en una imagen y el considerar las cosas cual fugaces juegos de nubes al atardecer.

Envejecer no es simplemente un desmontar y marchitarse; como cualquier estadio de la vida tiene sus propios valores, su propio encanto, su propia sabiduría, su propia tristeza y en tiempos de una cultura un tanto floreciente se ha demostrado con razón una cierta veneración a la ancianidad, veneración que hoy reclama la juventud. No queremos sentirnos ofendidos por las exigencias de la juventud; pero tampoco queremos dejarnos engañar con que la ancianidad no tiene valor alguno.

Envejecer es en sí un proceso natural y un hombre de sesenta y cinco o setenta y cinco años, si no pretende ser joven, está perfectamente sano y es tan normal como otro de treinta o de cincuenta. Pero por desgracia no siempre se está de acuerdo con la propia edad, a menudo nos apresuramos internamente y con mayor frecuencia aún nos quedamos atrás... y entonces la conciencia y el sentimiento de la vida están menos maduros que el cuerpo, nos defendemos contra sus manifestaciones naturales mientras le exigimos algo que de por sí no puede prestar.

La madurez siempre rejuvenece. También a mí me ocurre, aunque eso quiere decir poco porque en el fondo he conservado siempre el sentimiento vital de mis años adolescentes y mi llegada a la edad adulta y mi envejecimiento siempre los he percibido como una especie de comedia.

Quien ha llegado a viejo y presta atención al dato puede observar cómo, pese al debilitamiento de las fuerzas y facultades, hay una vida tardía que cada año hasta el final ensancha y multiplica la red infinita de sus relaciones y enlaces, y cómo, mientras la memoria se mantiene despierta, nada se ha perdido de todo lo transitorio y pasado.

## **UNA HOJA MARCHITA**

Cada brote quiere su fruto  
y cada mañana su tarde,  
nada hay eterno sobre la tierra  
más que el cambio y la huida.  
Hasta el estío más hermoso  
ventea el otoño y la decadencia.  
Detente, hoja, paciente y tranquila,  
cuando el viento quiere arrebatarte.  
Juega tu juego y no te defiendas,  
deja que tranquilamente ocurra.  
Deja que el viento que te arranca  
te lleve hasta casa.

## **ARMONÍA DE MOVIMIENTO Y DESCANSO\***<sup>[1]</sup>

PARA LA GRAN MAYORÍA de la gente mayor la primavera no es una estación buena; también a mí me molestaba poderosamente. Los polvillos y las inyecciones de los médicos me ayudaban poco; los dolores se intensificaban furiosamente como las flores en la hierba y las noches eran difíciles de soportar. Pero en las cortas horas que podía pasar fuera, cada día aportaba pausas de olvido y de entrega a las maravillas de la primavera y a veces instantes de arrobamiento y revelación, cada uno de los cuales valdría la pena retener, con sólo que hubiera precisamente una retención, con sólo que fuera posible describir y prolongar tales maravillas y revelaciones. Esas vivencias llegan por sorpresa, duran segundos o minutos y en ellas nos habla y se nos desvela un proceso en la vida de la naturaleza, y cuando uno es lo bastante mayor le parece como que toda la larga vida con sus alegrías y dolores, con sus amores y conocimientos, con sus amistades y amoríos, con los libros, la música, los viajes y trabajos no ha sido otra cosa que un largo rodeo hacia la madurez de esos instantes; rodeo en el que con la imagen de un paisaje, de un árbol, de una historia humana o de una flor, Dios se nos muestra y se nos ofrece el sentido y valor de todos los seres y acontecimientos. Y, de hecho, probablemente también en los años jóvenes vivimos con entusiasmo y pasión la contemplación de un árbol florecido, la formación de unas nubes, de modo que para la vivencia a la que me refiero se requiere precisamente una suma infinita de cosas vistas, experimentadas, pensadas, sentidas y sufridas, se requiere una cierta atenuación de los impulsos vitales, una cierta caducidad y proximidad de la muerte, para percibir en una pequeña revelación de la naturaleza a Dios, al espíritu, el misterio, la armonía de los contrarios y el Gran Uno. También los jóvenes pueden vivirlo, sin duda alguna, pero con menos frecuencia y sin esa unidad de sensación y pensamiento, de vivencia sensible y espiritual, de estímulo y conciencia.

Todavía durante nuestra primavera seca, antes de que llegasen las lluvias y la serie de días tormentosos, me detenía a menudo en un lugar de mi viña,

donde para esa fecha tengo mi hogar sobre un trozo del suelo del jardín todavía no removido. Allí, en el seto de espino blanco que rodea el jardín, ha crecido desde hace años un haya, al principio un pequeño arbusto de las semillas volanderas del bosque, que durante varios años yo había dejado crecer sólo provisionalmente y un tanto contrariado, pues me daba pena por el espino blanco; pero, después, la pequeña y tenaz haya de invierno creció, tan hermosa, que finalmente la acepté y ahora es ya un robusto arbolillo, para mí hoy doblemente querido por cuanto que la vieja e imponente haya, mi árbol favorito de todo el bosque cercano, ha sido talada hace poco, los trozos de su tronco aserrado yacen todavía pesados e imponentes, yacen todavía dispersos como fragmentos de columnas. Mi arbolillo es probablemente un retoño del haya talada.

Siempre me ha alegrado e impresionado la tenacidad con que mi pequeña haya conserva sus hojas. Cuando todo se ha helado desde hace mucho tiempo, continúa erguida con la vestidura de sus hojas marchitas a lo largo de los meses de diciembre, enero y febrero, la tormenta la sacude, la nieve cae sobre ella y de nuevo se derrite, las hojas secas, inicialmente de un pardo oscuro, se ponen cada vez más claras, más finas, más sedosas, pero el árbol no las suelta, tienen que proteger los nuevos botones. Alguna vez en cada primavera, y cada vez más tarde de lo que se esperaba, un día el árbol había cambiado, había cambiado el viejo follaje sustituyéndolo por la nuevas yemas, tiernas y hinchadas de humedad. Pero esta vez fui testigo de aquella transformación. Era inmediatamente después de la lluvia, que había dejado el paisaje verde y fresco, una hora después del mediodía, hacia mediados de abril, cuando aquel año yo todavía no había escuchado a ningún cuclillo ni había descubierto narciso alguno en el prado. Pocos días antes había tenido que aguantar un cierzo violento que congelaba y golpeaba el cuello, y había advertido con asombro cómo el haya se enfrentaba impasible al viento huracanado sin apenas cederle una hojita; tenaz y valiente, dura y obstinada mantenía su viejo y pálido follaje.

Y ahora, hoy, mientras quemaba leña y estaba junto a mi fuego con una brisa ligera y cálida, he visto cómo ocurría: se ha levantado un soplo de viento suave, sólo un instante, y las hojas tan largamente conservadas volaban a cientos y a miles, silenciosas, ligeras, gustosas, cansadas de su duración, cansadas de su tenacidad y valentía. Lo que durante cinco o seis meses se había mantenido ofreciendo resistencia, en pocos minutos había sucumbido a una nada, a un soplo, porque había llegado el tiempo, porque ya no era necesario el aguante áspero. Se dispersaba y flotaba riente, maduro, sin lucha.

El vientecillo era demasiado flojo para llevarse lejos las hojitas adelgazadas y ligeras, que caían como gotas de llovizna y cubrían el camino y la hierba a los pies del arbolillo, algunas de cuyas yemas ya habían abierto y verdecido.

Y bien ¿qué es lo que se me había revelado en aquel espectáculo sorprendente y conmovedor? ¿Era la muerte, la muerte del follaje invernal, que ocurría de forma suave y voluntaria? ¿Era la vida, la juventud apremiante y jubilosa de los brotes, que se había abierto camino con una voluntad repentinamente despierta? ¿Era algo triste, era algo divertido? ¿Era un aviso para mí, el anciano, a dejarme también yo flotar y caer, un aviso de que tal vez quitaba el sitio a los jóvenes y más fuertes? ¿O era una invitación a mantenerme firme y tenaz sobre mis piernas como el follaje del haya mientras me fuera posible, a apoyarme y defenderme, porque después, en el momento oportuno, la despedida sería fácil y alegre? No, como cualquier visión, era un hacerse visible lo grande y eterno, era la coincidencia de los contrarios fundiéndose en el fuego de la realidad. No significaba nada, nada avisaba, más bien lo significaba todo, significaba el misterio del ser, y era hermoso, era felicidad, era sentido, era regalo y descubrimiento para el espectador, como se llena de Bach un oído y de Cézanne un ojo. Estos nombres e interpretaciones no eran la vivencia propiamente dicha, sólo llegaron más tarde, y la misma vivencia no fue otra cosa que aparición, milagro, misterio, tan bella como seria, tan encantadora como inexorable.

En el mismo lugar, junto al seto de espino blanco y cerca del haya, después de que en el ínterin el mundo había adquirido un verde suave y el Domingo de Pascua se había escuchado el primer canto del cuclillo en nuestro bosque, uno de esos días tormentosos, húmedos, cambiantes y ventosos, que ya preparaban el salto de la primavera al verano, me manifestó el gran misterio en una vivencia ocular no menos parabólica. En un cielo encapotado, que sin embargo lanzaba de continuo deslumbrantes luces solares sobre el verde germinal del valle, tuvo efecto un gran teatro de nubes, el viento parecía soplar a la vez de todas partes, aunque prevaleciendo la dirección sur-norte. Turbación y pasión llenaban la atmósfera de fuertes tensiones. Y en medio del espectáculo, imponiéndose repentinamente a mi mirada, se alzaba de nuevo un árbol, un árbol joven y hermoso, un álamo de follaje fresco en el jardín del vecino. Se disparó hacia arriba como un cohete, ondulante y elástico, con una cima aguda, que se elevaba tenso en las breves pausas del viento como un ciprés, y con el viento creciente gesticulando con cien ramas finas y ligeras que se despeinaban. La copa del árbol magnífico se mecía y encabritaba de acá para allá agitando un follaje susurrante de un brillo tierno, contento de su

fuerza y su verde juventud, con una suave oscilación como el fiel de una balanza, ora cediendo como en el juego amoroso, ora volviendo caprichosamente (sólo mucho más tarde me vino a la mente que ya una vez, hacía décadas, había observado este juego con los sentidos abiertos en una rama de melocotón y lo había copiado en la poesía «La rama florecida»).

Con alegría y sin miedo, más aún, animosamente, el álamo ofrecía las ramas y el vestido del follaje al viento húmedo que soplaba con fuerza, y lo que cantaba el día de tormenta y lo que escribía en el cielo con su punta aguda era hermoso, era perfecto, eran tan alegre como serio, con tanta acción como pasión, con tanto de juego como de destino, conteniendo una vez más todos los contrastes y contrasentidos. El viento no era el vencedor absoluto al ser capaz de sacudir y doblar en tal medida al árbol; tampoco el árbol era el vencedor absoluto por ser capaz de rebotar y recuperarse, elástico y triunfal, de cada flexión; era el juego de ambos, la consonancia de movimiento y reposo, de fuerzas celestes y terrestres: la interminable danza de la cima rebosante de gestos en medio de la tormenta no era más que una imagen, una revelación del misterio universal, más allá de lo fuerte y lo débil, del bien y del mal, de la acción y la pasión. Durante una pequeña pausa, durante una pequeña eternidad, leí en aquella danza de forma limpia y perfecta lo que de ordinario está oculto y secreto, y lo hice de un modo más limpio y perfecto que si lo hubiera leído en Anaxágoras o en Laotsé.

Y también aquí me pareció de nuevo como si para contemplar esa imagen y leer esa escritura no solo fuese necesario el regalo de una hora primaveral, sino también los movimientos y los pasos equivocados, las tonterías y las experiencias, los placeres y los sufrimientos de muchísimos años y décadas; y al olmo querido que me obsequiaba con aquella visión lo sentí realmente como un muchacho, como un muchacho inexperto y desprevenido. Tendrían aún que desgastarlo muchos hielos y nevadas, lo sacudirían aún muchas tormentas, todavía lo tocarían y herirían muchos rayos, hasta que quizá también él, capaz de contemplar y escuchar, estaría ansioso de penetrar el gran misterio.

De «Aprilbrief», 1952

## **SOL DE MARZO**

Borracha de ardor precoz  
se tambalea una mariposa amarilla.  
Sentado junto a la ventana descansa  
un anciano encorvado y soñoliento.  
Canturreando entre el follaje primaveral  
había salido una vez.  
El polvo de infinitos caminos  
sobre sus cabellos ha volado.  
Cierto que el árbol florecido  
y las mariposas amarillas  
apenas parecen envejecidos,  
y hoy todavía parecen los mismos.  
Pero el color y el olor  
se han adelgazado y diluido.  
Se enfriaron la luz y el aire,  
más duros y pesados de respirar.  
La primavera sus cantos amables  
zumba con rumor de abejas.  
Vibra el cielo azul y blanco  
y la mariposa dorada aletea.

## **SOBRE LA VEJEZ**

LA SENECTUD ES UN estadio de nuestra vida y, como los demás estadios vitales, tiene su propio rostro, su propia atmósfera y temperatura, sus propias alegrías y miserias. Nosotros, ancianos de cabellos blancos, tenemos al igual que nuestros hermanos jóvenes, nuestra tarea, la que da sentido a nuestra existencia, y hasta un enfermo de muerte y agonizante, al que en su lecho apenas puede llegar ya una llamada de este mundo, tiene su tarea, tiene que cumplir algo importante y necesario. Ser anciano es una tarea tan hermosa y santa como ser joven, aprender a morir y morir es una función tan valiosa como cualquier otra, en el supuesto de que se realice con respeto reverencial al sentido y a la santidad de toda vida.

Un anciano que odia y teme la vejez, que odia los cabellos blancos y la cercanía de la muerte, no es un digno representante del estadio de su vida, como tampoco lo es un hombre joven y vigoroso que odia su vocación y su trabajo diario y busca escapar a los mismos.

En breves palabras: para cumplir como anciano su destino y estar a la altura de su tarea, hay que ponerse de acuerdo con la vejez y con todo lo que comporta, hay que decirle sí. Sin ese sí, sin la entrega a cuanto la naturaleza nos reclama, perdemos el valor y el sentido de nuestros días —tanto si somos viejos como jóvenes— y estafamos a la vida.

Todo el mundo sabe que la senectud trae molestias y que al final está la muerte. Año tras año se impone hacer sacrificios y llevar a cabo ciertas renunciaciones. Es necesario aprender a desconfiar de los propios sentidos y fuerzas. El camino, que hasta hace poco todavía era un pequeño paseíto, se hace largo y penoso, y un día ya no podremos recorrerlo. Tenemos que renunciar al alimento, que tanto nos ha gustado a lo largo de la vida. Las alegrías y placeres corporales van escaseando y cada vez hay que pagarlos más caros. Y después están todos los achaques y enfermedades, el debilitamiento de los sentidos, la relajación de los órganos, los muchos dolores, especialmente en las noches a menudo tan largas y angustiosas. Todo

lo cual no puede negarse porque es una amarga realidad. Pero sería penoso y triste ceder únicamente a ese proceso de decadencia y no ver que también la senectud tiene sus cosas buenas, sus ventajas, sus fuentes de consuelo y sus alegrías. Cuando se encuentran dos personas mayores, no deberían hablar simplemente de la maldita gota, de sus miembros rígidos y del ahogo que experimentan al subir las escaleras, también deberían referirse a sus vivencias y experiencias consoladoras. Y de éstas hay muchas.

Cuando recuerdo ese lado positivo y hermoso de la vida de los ancianos y el hecho de que quienes peinamos canas conocemos también fuentes de fuerza, de paciencia y alegría que para nada cuentan en la vida de los jóvenes, no me corresponde hablar de los consuelos de la religión y de la iglesia. Eso es asunto del sacerdote. Mas sí puedo, agradecido, mencionar por su nombre algunos de los dones que la ancianidad nos otorga. Para mí el más querido de esos dones es el tesoro en imágenes que, tras una larga vida llevamos en la memoria, imágenes a las que, al reducir nuestra actividad, damos una dimensión muy diferente a la concedida hasta entonces. Personajes y rostros humanos, que desde hace sesenta o setenta años ya no están sobre la tierra, continúan viviendo en nosotros, nos pertenecen, nos proporcionan compañía y nos miran con ojos cargados de vida. Casas, jardines, ciudades que con el tiempo desaparecieron o cambiaron por completo, los vemos intactos como en otros tiempos, y las montañas y las lejanas costas marítimas, que hace décadas vimos en nuestros viajes, las reencontramos frescas y llenas de colorido en nuestro libro de estampas.

El hecho de mirar y observar, el hecho de la contemplación, se convierte cada vez más en un hábito y ejercicio y, sin advertirlo, la disposición y actitud del contemplador penetra todo nuestro comportamiento. Vivimos empujados por deseos, sueños, apetitos y pasiones, como la mayor parte de los hombres, asaltados por la impaciencia a través de los años y décadas de nuestra vida, tensos, cargados de expectativas, violentamente sacudidos por logros o desengaños, y hoy, hojeando cuidadosamente en el gran libro de estampas de nuestra propia vida, nos admiramos de lo hermoso y bueno que puede ser el habernos arrancado de aquella caza y ajeteo y haber llegado a la vita contemplativa.

Aquí, en este jardín de los ancianos, brotan muchas flores, en cuyo cultivo apenas si habíamos pensado antes. Ahí florece la flor de la paciencia, una noble planta; llegamos a ser más tranquilos, más reflexivos, y cuanto menor es nuestro anhelo de intervención y actividad tanto mayor se hace nuestra

capacidad para contemplar y escuchar la vida de la naturaleza y la vida de nuestros semejantes, para dejar, sin crítica alguna y con asombro siempre renovado frente a su diversidad, que irrumpa en nosotros, a veces de forma participativa y con tranquilo pesar, a veces con risas, con clara alegría, con humor.

Recientemente estaba yo en mi jardín, había encendido fuego y lo alimentaba con hojas y ramas secas. Pasó entonces junto al seto de espino blanco una anciana, que sin duda rondaba ya los ochenta, se detuvo y se puso a mirarme. Yo la saludé y entonces se echó a reír y me dijo: «Hace usted muy bien con su fueguito. A nuestra edad hay que alegrarse paso a paso con la hoguera». Con ello marcaba ya la tesis de una conversación en la que lamentamos mutuamente todo tipo de padecimientos y de privaciones, aunque siempre en tono de broma. Y al final de nuestra charla reconocimos que a pesar de todo todavía no éramos tan terriblemente viejos y hasta apenas se nos podía considerar verdaderos ancianos mientras en nuestra aldea vivieran personas verdaderamente viejas como eran las centenarias.

Cuando las gentes absolutamente jóvenes con la superioridad de su fuerza y su despreocupación se ríen a nuestras espaldas y encuentran cómicos nuestro caminar torpe, los pocos cabellos blancos que nos quedan y nuestros cuellos tendinosos, recordemos cómo en tiempos nos reíamos nosotros de igual modo estando en posesión de la misma fuerza y despreocupación, y no nos imaginemos derrotados y vencidos, más bien tenemos que alegrarnos de haber superado ese estadio vital y haber llegado a ser un poco menos inteligentes y tolerantes.

## LLUVIA DE OTOÑO

¡Oh, lluvia, lluvia de otoño,  
montes cubiertos de gris,  
árboles de tardo follaje que cae cansado!  
A través de una ventana empañada mira  
en lenta despedida el año achacoso.  
Tiritando te sales con el manto  
empapado. En la linde del bosque,  
a tientas, el sapo y la salamandra salen  
embriagados del follaje descolorido.  
Y por los caminos abajo  
corren y rugen las aguas infinitas;  
en la hierba junto a la higuera  
se remansan en estanques pacientes.  
Y desde la torre de la iglesia,  
sobre el valle, se derraman  
cansadas y temblorosas las campanadas  
por un aldeano que están enterrando.  
¡Pero tú, amado mío, no llores  
por más tiempo al vecino enterrado,  
no llores la felicidad del verano,  
ni las fiestas de la juventud!  
Todo persiste en el piadoso recuerdo,

queda en la palabra, la imagen y la canción,  
eternamente pronto a celebrar el regreso  
con el vestido renovado y noble.  
Ayuda tú a conservar, a transformar,  
y para ti se abrirá la flor  
del gozo creyente en el corazón.

La vejez tiene muchos achaques, pero tiene también sus ventajas. Una de ellas es la capa protectora de olvido, de cansancio, de afecto, que se interpone entre nosotros y nuestros problemas y sufrimientos. Puede ser desidia, anquilosamiento, odiosa indiferencia; mas, vista con otra luz, puede significar también serenidad, paciencia, humor, alta sabiduría y Tao.

La vejez aporta muchas cosas. Cuando un anciano mueve la cabeza o murmura algunas palabras puede verse en ello una sabiduría digna de elogio o un simple anquilosamiento. Pero el propio anciano continúa sin saber del todo si su conducta frente al mundo es en el fondo el resultado de la experiencia y la sabiduría o si es simplemente la consecuencia de trastornos circulatorios.

Sólo al envejecer se ve la rareza de lo bello y el singular milagro que se da realmente cuando entre las fábricas y los cañones brotan las flores, y entre los periódicos y los boletines de bolsa todavía siguen alentando las poesías.

Para ellos, para los jóvenes, su propia existencia, su búsqueda y sus sufrimientos tienen justamente una gran importancia. Para la persona que ha envejecido, la búsqueda fue un mal camino y la vida un fracaso si no ha encontrado nada objetivo, nada que esté por encima de ella y de sus preocupaciones, nada absoluto o divino que venerar, a cuyo servicio se pone y cuyo servicio es el único que da sentido a su existencia...

La necesidad de la juventud es la de poder tomarse a sí misma en serio. La necesidad de la vejez es poder sacrificarse a sí misma, porque por encima de ella hay algo que toma en serio. No me gusta formular dogmas de fe, pero creo realmente que entre esos dos polos tiene que discurrir y contar una vida espiritual. Porque el cometido, el anhelo y el deber de la juventud es llegar a ser, mientras que el cometido del hombre maduro es deshacerse o, como dijeron antaño los místicos alemanes, «dejar de ser». Pero antes es necesario haber sido un hombre perfecto, una auténtica personalidad, y haber sufrido los padecimientos de tal individuación y poder ofrecer, así, el sacrificio de esa

personalidad.

## UN DÍA GRIS DE INVIERNO

En un día gris de invierno,  
tranquilo y casi sin luz,  
un anciano gruñón, que ni quiere  
siquiera que se le hable.

Escucha pasar al río joven  
cargado de ímpetu y pasión;  
indiscreta e inútil se le antoja  
su fuerza impaciente.

Entrecierra los ojos, burlón  
y aún ahorra más luz;  
con toda suavidad empieza a nevar,  
y se pone el velo ante el rostro.

En su sueño senil le molesta  
el agrio grito de las gaviotas,  
y en el serbal deshojado  
las peleas de los mirlos.

Ridículo con su importancia  
le resulta todo lo afectado;  
y entre toda esa nevisca  
avanza hacia la oscuridad

No debe importarnos retener o copiar el pasado, sino vivir lo nuevo con la capacidad de recreación de la que seamos capaces con nuestras fuerzas. Por

eso no es bueno el duelo, en el sentido de seguir pendiente de la pérdida y no en el sentido de la verdadera vida.

## **PEQUEÑO MUCHACHO**

Me han castigado,  
yo callo la boca,  
me lamento en el sueño,  
me despierto recuperado.

Me han castigado  
me llaman el Pequeño,  
no quiero llorar más,  
riendo me duermo.

La gente mayor muere,  
los tíos, el abuelito,  
pero yo, yo continuo  
aquí siempre, siempre.

MI VIDA, ASÍ más o menos lo imaginé, debería ser un transcender, un avanzar de peldaño en peldaño, debería ser avanzar un tramo tras otro y abandonarse, al igual que una música, tema tras tema, tempo tras tempo, termina, se desarrolla, se completa y se abandona, sin cansarse nunca, sin dormirse jamás, siempre despierta, siempre presente por completo. En conexión con las vivencias del despertar había yo observado que existen esos peldaños y tramos y que siempre la última época de un período vital comporta un matiz de decadencia y de ganas de morir, que más tarde conduce al paso, al cambio hacia un nuevo tramo, a un despertar y a un nuevo comienzo.

## PELDAÑOS

Como toda flor se marchita y toda juventud  
cede a la vejez, cada estadio de la vida florece,  
florece toda sabiduría y toda virtud  
para su tiempo y no puede durar eternamente.  
En cada llamada de la vida debe el corazón  
estar dispuesto a la despedida y a nuevos comienzos,  
para entregarse con valor y sin duelos  
a distintos y nuevos compromisos.  
Y en cada comienzo alienta un encanto  
que nos protege y nos ayuda a vivir.  
Recorramos alegres tramo tras tramo,  
sin apegarnos a cada uno como a un hogar,  
el espíritu universal no nos atará ni apretará,  
nos alzaré y dilataré peldaño tras peldaño.  
Apenas nos acostumbramos a un círculo vital  
en íntima costumbre, se cierne el aburrimiento,  
sólo quien está pronto a la ruptura y al viaje  
puede escapar a la rutina paralizante.  
Quizá pueda aún la hora de la muerte  
devolvernos espacios nuevos,  
la llamada de la vida nunca terminará...  
¡Ánimo, pues, corazón, despídete y sana!

## **LENGUAJE DE PRIMAVERA**

Cada niño sabe lo que dice la primavera:

¡Vive, crece, florece, espera, ama,  
alégrate y alienta nuevos impulsos,  
abandónate y no temas la vida!

Cada anciano sabe lo que dice la primavera:

¡Hombre viejo, déjate enterrar,  
deja tu sitio a los jóvenes alegres,  
abandónate y no temas la muerte!

ENVEJECER DE UNA manera digna y mantener siempre una actitud o sabiduría conveniente a nuestra edad es un arte difícil; la mayoría de las veces llevamos el alma adelantada o atrasada respecto del cuerpo, y entre las correcciones de esas diferencias se cuentan las sacudidas del sentimiento vital interno, del temblor y vibración de las raíces, que suelen acompañarnos en los cortes de la vida y en las enfermedades. A mí me parece que frente a estas sacudidas hay que ser y sentirse pequeños como niños, y a través del llanto y la debilidad recuperar lo mejor posible el equilibrio tras una alteración de la vida.

A una edad avanzada se contempla la larga vida que queda atrás a través de unas consideraciones curiosas. La segunda mitad de mi vida era la mitad dramática, abundante en luchas, abundante en enemigos, en necesidades y en consecuencias de todo tipo. Pero la fuerza para contemplar desde arriba esa mitad agitada de la vida llegaba de la primera mitad más tranquila, de los casi cuarenta años de paz que yo hube de vivir. Se ha hablado de la guerra como de un baño de acero. Pero, según mi experiencia, no es más que la paz la que alienta y da fuerzas.

¡Qué sería de nosotros, los ancianos, si no tuviéramos esto: el libro de estampas del recuerdo, el tesoro de vivencias! Sería algo penoso y miserable. De este modo en cambio somos ricos y no sólo arrastramos hacia el final y hacia el olvido un cuerpo consumido, sino que también somos portadores del tesoro, que alienta en nosotros y nos ilumina mientras respiramos.

Nos ocurre a nosotros con la sabiduría lo que le sucedía a Aquiles con la tortuga. Siempre va un poco delante. Pero es un buen camino estar en su estela y seguir su fuerza de atracción.

¡Maravilloso encanto, encanto candente y triste del pasado! ¡Y todavía más maravilloso el que no haya pasado, el que no haya desaparecido lo ocurrido, su secreta pervivencia, su secreta eternidad, su continuar despierta en el recuerdo, su vital inhumación en la palabra que la evoca de continuo!

## **TARDE CANSADA**

Un rumor de viento vespertino  
solloza y se ahoga en el follaje,  
pesados goterones rebotan  
y ponen su marca en el polvo.

De los muros desmoronados  
brotan musgo y helechos,  
las personas mayores se acurrucan  
silenciosas en los umbrales.

Unas manos retorcidas se apoyan  
inmóviles sobre rodillas rígidas,  
se entregan al descanso  
mientras se marchitan.

Vuelan sobre el cementerio  
cornejas pesadas y grandes.

Sobre las peladas colinas  
lozanean el helecho y el musgo.

## EL ANCIANO Y SUS MANOS

Penosamente se arrastra a lo largo  
de su larga noche,  
aguarda, escucha y vela.  
Ante él descansan sobre la colcha  
sus manos, la izquierda y la derecha,  
rígidas y tiasas, servidores cansados.  
Y ríe  
suavemente, para no despertarlas.  
Más incansables que la mayoría  
han ido creando,  
cuando todavía estaban jugosas.  
Aún habría mucho que hacer,  
pero los compañeros sumisos  
quieren descanso y tierra.  
De ser servidores  
cansados están, y endurecidos.  
Suave, para no despertarlas,  
les sonrío el dueño;  
la trayectoria de una vida larga  
ahora parece corta, aunque largo es  
el tranco de una noche. Y manos de niño,  
manos de mozo, manos de hombre

parecen al atardecer, parecen al final  
tal como son.

## **EL PEQUEÑO DESHOLLINADOR DE LA CHIMENEA**

LA TARDE DEL MARTES de Carnaval mi mujer tuvo que desplazarse rápidamente hasta Lugano. Habló conmigo y me dijo que podía acompañarla y que después podríamos contemplar un ratito el bullicio de las máscaras por las calles o quizá ver un desfile. A mí no me apetecía, acosado como estaba desde hacía varias semanas por dolores en todos los miembros y semiparalizado como me encontraba, hasta me molestaba la idea de tener que echarme encima el abrigo y tener que subir a un coche. Pero, tras oponer alguna resistencia, terminé por animarme y acepté. Descendimos, me depositaron en el sitio de los barcos, mientras mi mujer continuaba viaje para buscar un lugar donde aparcar y yo aguardaba con Kato, la cocinera, en un rincón soleado, pequeño pero perfectamente destacable, en medio de un mercado animado y de constante trasiego. Ya en los días corrientes Lugano es una ciudad notablemente alegre y amiga; pero hoy sonreía desbordante y jaranera en todas sus callejas y plazas, sonreían los trajes abigarrados, sonreían las caras, sonreían las casas de la plaza con ventanas repletas de personas y de máscaras, y hasta el tumulto parecía sonreír aquel día. Estaba formado por gritos, por oleadas de risas y llamadas, por jirones de música, por el rugido cómico de un altavoz, por griterío, por llamadas de terror de las muchachas, que nadie se tomaba en serio y a las que los mozos lanzaban puñados de confeti, con lo que se ponía de manifiesto que el propósito principal era tapar en lo posible con montones de recortes de papel la boca de aquéllas a las que disparaban. Por todas partes los adoquines de las calles estaban cubiertos con papeles polícromos y debajo de los arcos se caminaba dulcemente como sobre arena o musgo.

Mi mujer pronto estuvo de vuelta y nos situamos en un rincón de la Piazza Riforma. El lugar parecía ser el epicentro de la fiesta. La plaza y las aceras estaban repletas de gente, entre cuyos grupos abigarrados y alborotados había un continuo ir y venir de parejas y peñas, y toda una multitud de niños

disfrazados. Y al otro lado de la plaza habían levantado un escenario sobre el que se agitaban vivamente varias personas delante de un altavoz: un conferenciante, un cantante popular con guitarra, un payaso gordo y algunos otros personajes. Se escuchaba o no se escuchaba, se entendía o no se entendía, pero en cualquier caso todos reían cada vez que el payaso acomodaba sobre su bien conocida cabeza su no menos conocida nariz; actores y pueblo actuaban a la vez, escenario y público se movían al unísono en un intercambio permanente de buena voluntad, gritos de aliento, ganas de broma y disposición a la risa. El conferenciante presentó también a un joven a sus conciudadanos: se trataba de un joven artista, aficionado de prendas relevantes que nos entusiasmó con la imitación hábil de voces de animales y otros sonidos.

Yo me había concedido como máximo un cuarto de hora de estancia en la ciudad. Pero nos quedamos media hora larga mirando y escuchando alegremente. Para mí, el hecho de permanecer en una ciudad en medio de la gente, y de forma especial en una ciudad en fiestas, representa ya algo completamente inusual y que en cierto modo me angustiaba y atolondraba; yo vivía durante semanas y meses a solas en mi estudio y mi jardín, muy raras veces me animaba y tomaba el camino hasta nuestra aldea o para dar la vuelta al llegar a la linde de nuestra hacienda. Ahora por primera vez me encontraba allí, rodeado de una muchedumbre, en medio de una ciudad que reía y se divertía; con ellos cualquiera podía reír y disfrutar una vez más del espectáculo de los rostros humanos, tan variopintos, tan cambiantes y sorprendentes, alguien entre muchos que era como ellos y compartía su capacidad de emoción. Naturalmente no duraría mucho. Pronto me dolerían los pies por el frío, pronto las piernas cansadas y doloridas tendrían bastante y desearían volver a casa, y pronto también la pequeña y agradable borrachera de ver y oír, de contemplar los miles de rostros tan curiosos, tan bellos, tan interesantes y amables, y la escucha de las múltiples voces humanas que hablaban, reían, gritaban, voces audaces y amables, agudas y graves, cálidas o adustas, me habrían cansado y agotado. Al abandono festivo, a la desbordante floración de los placeres de la vista y del oído seguirían el cansancio y el miedo, emparentado de cerca al vértigo de unas impresiones que ya no se pueden controlar. «Lo sé, lo sé», habría gritado aquí Thomas Mann citando al padre Briest.

Ahora bien, con sólo haberse tomado la molestia de reflexionar un poco se habría observado que la debilidad de la edad no fue la única responsable de ese miedo a la abundancia y desbordamiento del mundo, a la esplendente

bufonería de la Reina de Mayo. Tampoco fue simplemente —para decirlo con el vocabulario de los psicólogos—, el miedo de la introversión frente al acreditamiento del entorno. Había otros motivos, en cierto modo de más peso, para ese temor y cansancio tan parecidos al vértigo.

Cuando miraba a mis vecinos, que durante aquella media hora estuvieron a mi lado en la Piazza Riforma, estuve por creer que se movían como peces en el agua, distendidos, cansados, satisfechos y sin ninguna obligación; estuve por creer que los ojos de nuestro artista captaban las imágenes y sus oídos los sonidos cual si detrás del ojo no hubiera sólo un cerebro, sino una película, una revista, un archivo, y detrás del oído un disco o una cinta magnetofónica, ocupada en cada segundo, almacenando, acaparando y apuntando, obligada no sólo al disfrute sino, más aún, a la conservación, a la eventual reproducción posterior, obligada a un máximo de exactitud en la observación.

En una palabra, yo estaba allí una vez más no como público ni como un espectador y oyente sin responsabilidad alguna, sino como pintor con el cuaderno de apuntes en la mano, trabajando, en un esfuerzo tenso. Pues eso era justamente nuestro artista, una especie de disfrute y celebración festiva, hecha de trabajo, de obligación aun siendo un placer, en la medida justamente en que llegaban las fuerzas, en la medida en que los ojos soportaban el aplicado ir y venir entre escena y cuaderno de apuntes, en la medida justamente en que los archivos todavía contaban con espacio y expansibilidad en el cerebro. No habría podido explicárselo a mis vecinos, si me lo hubieran rogado o yo hubiera intentado hacerlo; probablemente se habrían echado a reír y me hubieran dicho: «Caro uomo, ¡no se lamente tanto por su profesión! Es una profesión que consiste en la contemplación y en la eventual descripción de cosas divertidas, a las que usted puede acceder con esfuerzo y aplicación, mientras que nosotros somos para usted simples veraneantes, mirones y gente holgazana. Aunque nosotros tenemos de hecho vacaciones, señor vecino, y estamos aquí para disfrutarlas, no para ejercer nuestra profesión como usted. Sólo que nuestra profesión no es tan bonita como la suya, signore, y si tuviera que practicarla igual que nosotros a lo largo de un único día en nuestros talleres, tiendas, fábricas y oficinas, pronto acabaría usted».

Mi vecino lleva razón, toda la razón; aunque eso no ayuda nada, y también yo creo llevarla. Pero digámonos nuestras verdades sin rencor, amablemente y con cierto tono de diversión; cada uno tiene simplemente el deseo de justificarse un poco, pero no el deseo de molestar al otro.

De todos modos la aparición de tales ideas, la imaginación de tales conversaciones y justificaciones fue ya el comienzo del fracaso y el cansancio; enseguida sería tiempo de volver a casa y recuperar el disperso descanso del mediodía. ¡Ah, y qué pocas de las bellas estampas de aquella media hora habían llegado al archivo y se habían salvado! ¡Cuántos centenares, y quizá las más hermosas, habían escapado a mis ojos y oídos ineptos sin dejar huella, exactamente igual que aquéllos a quienes yo creía que debían contemplarlas como sibaritas y mirones!

Pero me quedó impresa una de las mil estampas que debería ser incorporada para los amigos en el cuaderno de apuntes.

Casi todo el tiempo de mi estancia en la Piazza festiva estuvo cerca de mí una figura muy tranquila que, durante aquella media hora, no pareció pronunciar palabra alguna y apenas la vi moverse alguna vez, hallándose en un curioso aislamiento o retiro en medio de aquel abigarrado gentío y de aquella agitación, tranquilo como una estatua y muy hermoso. Era un niño, un muchacho pequeño, que como máximo debía de tener alrededor de siete años; un muchachito guapo, con una cara de niño inocente, para mí la cara más amable entre centenares de personas. El muchacho estaba disfrazado, vestía un ropaje negro y llevaba un pequeño bombín también negro, uno de los brazos lo apoyaba en un cabestrillo, sin que tampoco faltase un cepillo para deshollinar, todo cuidadosamente preparado y con gusto, y la carita simpática la llevaba tiznada con un poco de hollín o alguna otra materia negra. Pero él no sabía nada de todo aquello. A diferencia de todos los adultos, que habían de hacer de Pierrots, chinos, bandoleros, mejicanos y burgueses románticos, y en oposición frontal a los personajes que actuaban sobre el escenario, él no tenía conciencia alguna de que llevaba un disfraz y de que representaba a un deshollinador, y menos aún de que aquello fuese algo especial y divertido y que le sentase tan bien. No, él estaba allí, pequeñito y tranquilo en su sitio, sobre sus piececillos y sus pequeños zapatos marrones, con el cabestrillo lacado de negro sobre el hombro, rodeado de aquel gentío en movimiento y a veces un poco apretujado, sin advertirlo; permanecía en pie y observaba con sus ojos azul claros, soñadores y encandilados, desde su rostro lustroso e infantil y con sus carrillos ennegrecidos fijos, lo que ocurría en una ventana de la casa junto a la que estábamos nosotros. Allí, en la ventana, elevándose a la estatura de un hombre por encima de nuestras cabezas, se había reunido un grupo divertido de niños algo mayores que él; reían, gritaban y se empujaban, todos enmascarados y con capuchas, y de vez en cuando de sus manos y cucuruchos caía sobre nosotros una lluvia de confetis.

Crédulos, encantados, rebosantes de una admiración beatífica, los ojos del muchacho miraban sorprendidos hacia arriba, encadenados, sin querer saciarse ni liberarse. No había deseo alguno en aquella mirada, ningún tipo de anhelo, únicamente la entrega asombrada, el arrebatado agradecido. No conseguí descubrir qué era lo que asombraba hasta tal punto el alma de aquel muchacho ni lo que le permitía vivir la extraña felicidad de la contemplación y del arrobamiento. Podía ser el lenguaje colorista de los trajes o un primer descubrimiento de la belleza de los rostros de las muchachas; quizá era un niño solitario y sin hermanos llevado por la escucha amable de los niños guapos que jugaban allá arriba; tal vez los ojos del muchacho sólo estaban encantados y embrujados por la lluvia colorista de confeti que caía de forma lenta y callada, lanzada por las manos de aquellas gentes maravilladas, y que se posaba grácil sobre nuestras cabezas y vestidos y, más densas, sobre el suelo de piedra, que ya cubría como arena fina.

Y a mí me ocurría algo parecido a lo que le pasaba al muchacho. Así como él, ni por sí mismo ni por los atributos e intenciones de su vestuario, no percibía nada de la multitud, así como él no prestaba atención alguna ni al teatro cómico ni a los arreones de risa ni a los aplausos que impulsaban al pueblo a manera de oleadas, atento únicamente a la constante contemplación de la ventana, así también mi mirada y mi corazón estaban de continuo, en medio de la creciente pleamar de tantísimas estampas, atentos y entregados a la única imagen, al rostro infantil entre el negro sombrero y el vestido negro, a su inocencia, a su sensibilidad frente a la belleza, a su felicidad inconsciente.

## **PENSAMIENTO RETROSPECTIVO**

En la ladera florecen los brezos,  
la retama se eriza de escobas pardas.  
¿Quién sabe todavía hoy lo verde  
y plumoso que fue el bosque en mayo?  
¿Quién sabe todavía hoy cómo sonaron  
en tiempos el canto del mirlo y del cuclillo?  
Lo que sonó tan encantador  
ya se ha olvidado y confundido.  
En el bosque, la fiesta de la noche estival  
y encima del monte, la luna llena.  
¿Quién las describió, quién las fijó?  
Ya todo se ha disipado.  
Y pronto de ti y de mí tampoco  
ningún hombre sabrá ni contará nada.  
Aquí habitan otras gentes,  
a ninguna de ellas faltaremos.  
Queremos aguardar a la estrella de la tarde  
y a las nieblas primeras.  
A gusto florecemos  
y nos marchitamos en el gran jardín de Dios.

## **CAMBIO RETROSPECTIVO\***

EN LA ESTRUCTURA y consistencia ciertamente más laxa de los últimos días de vida parece que ésta pierda su proximidad a la realidad, que la realidad en sí sea ya una dimensión algo más imprecisa de la vida, algo más tenue y transparente; parece como si ya no nos formulara sus exigencias con la violencia y desconsideración de antaño, como si nos permitiera hablar, jugar y actuar consigo misma. Para nosotros, los ancianos, la realidad ya no es la vida, sino la muerte; no la aguardamos ya desde fuera, sino que sabemos que habita en nosotros. Ciertamente nos defendemos contra los achaques y dolores que su proximidad nos trae, pero no contra ella misma, y si nos guardamos y cuidamos algo más que antes lo hacemos con ella a nuestro lado, sabiendo que está en nosotros y con nosotros, ella constituye nuestro aire, nuestro cometido y nuestra realidad.

Además, el entorno y la realidad, que en tiempos nos rodeaban, pierden ahora gran parte de su entidad, incluso de su verosimilitud. La realidad ya no es algo evidente e incuestionablemente válido, podemos tanto aceptarla como rechazarla y tenemos un cierto poder sobre ella. Con ese cambio la vida diaria adquiere una especie de surrealismo lúdico, los sistemas antiguos y fijos ya no tienen esa validez, se han desplazado los aspectos y acentos en relación con el presente, el pasado ha ganado valor, sin que el futuro nos interese ya seriamente. Y así nuestro comportamiento cotidiano, considerado desde la razón y desde las reglas antiguas, recibe algo de irresponsabilidad, de inauténtico y lúdico, y ese es el comportamiento que la voz popular denomina «infantilismo». Hay mucho de acertado en ello y yo no dudo de que sin pretenderlo y de la manera más natural produzco una serie de reacciones infantiles sobre el entorno. Pero no siempre acontecen en modo alguno, como me enseña la observación, de forma inadvertida e incontrolada. Personas ancianas pueden llevar a cabo acciones infantiles, nada prácticas ni rentables, algo realmente pueril incluso a plena conciencia (¿o sólo a medias?) y con una especie de gusto por el juego análogo al que experimenta la niña cuando habla con su muñeca o simplemente cuando, a través de su propia manera de

sentir y pensar, rodea de encanto el pequeño huerto de su madre transformándolo en una selva virgen habitada por tigres, serpientes y tribus hostiles de indios.

Un ejemplo: ese día, antes del mediodía y después de haber leído el correo, fui al jardín. Digo «jardín», pero en realidad se trata de una pendiente bastante empinada, cubierta de hierba y muy yerma, con algunas terrazas de vides en las que nuestro viejo jornalero ha mantenido muy bien las parras; pero todo lo demás muestra una violenta tendencia por volver a su estado salvaje. Lo que hace un par de años todavía era prado ahora es pradal, con la hierba fina y canija, y en vez de sus prósperas anémonas, sellos de Salomón, bayas, arándanos, aquí y allá aparecen también zarzamoras y brezos a la vez que un musgo cesposo por todas partes. Ese musgo, junto con sus plantas similares, tendrían que ramonearlo las ovejas, que habrían también de pisotear el suelo con sus pezuñas para salvar el césped; pero nosotros no tenemos ovejas y tampoco tendríamos ningún estiércol para el césped salvado, por lo que el entramado de raíces de los arándanos y sus congéneres se extiende tenaz de año en año por el herbazal, cuya tierra se convierte a su vez en suelo boscoso. Siempre según el humor veo esa transformación retrospectiva con disgusto o con placer. A veces pongo manos a la obra en un trocito de la pradera moribunda, llego hasta el cuerpo de la exuberante vegetación agreste con rastrillos y, con los dedos, peino sin compasión los rellenos de musgo aplastados entre los manojos de hierba y arranco una esportilla repleta de rizomas y raíces de arándanos, sin creer por ello en el provecho de dicha acción, pues de otro modo mis labores de jardinería no se habrían convertido con el paso de los años en un juego solitario sin sentido práctico; lo que significa que semejante sentido sólo lo tiene para mí como higiene y economía personal. Cuando los dolores de ojos y de cabeza se agravan en exceso, yo necesito un cambio de la actividad mecánica, una modificación física. El trabajo aparente de jardinero y fogonero, que en el curso de largos años encontré con ese fin, no sólo tiene que servir a ese cambio y distensión corporal, sino también a la meditación, al entramado de sueños fantásticos y a la concentración de sensaciones anímicas. Así pues, en ocasiones, intento impedir de alguna forma que mi pradera se convierta en un bosque. Otras veces me detengo ante aquel terraplén, que a lo largo de más de veinte años hemos trazado en la linde meridional de la hacienda. Es un terraplén que está formado con tierra y por las piedras incontables que arrancamos al abrir una zanja protectora para contener el bosque inmediato y que al principio estaba plantada de frambuesas. Ahora ese muro está tapizado de musgo, de hierbas

trepadoras, helechos, arándanos y arbolillos; algunos incluso se han convertido ya en árboles imponentes, como ocurre por ejemplo con un tilo umbroso, apostados allí como están cual avanzadillas del bosque que vuelve a progresar lentamente. Aquella mañana en concreto yo no tenía nada contra el musgo y la maleza, ni contra la naturaleza salvaje ni contra el bosque, sino que contemplaba con admiración y placer la vigorosa expansión del mundo de las plantas. Y en el prado aparecían por doquier los jóvenes narcisos con sus excrecencias carnosas, que aún no habían florecido por completo, todavía no mostraban sus cálices blancos y sólo tenían aquel amarillo suave del color de los gladiolos.

Paseé lentamente por el jardín, contemplé el joven rosal de un rojo oscuro y bañado por el sol de la mañana, vi los troncos pelados de las dalias que una vez más se acababan de trasplantar, y entre las cuales con una energía vital incontrolada se levantaban los gruesos troncos de los lirios martagones. En la parte inferior del terreno seguía escuchándose a Lorenzo, el leal leñador que hacía ruido con su regadera. Decidí dirigirme a él y dejarme aconsejar en toda la política relativa al jardín. Lentamente fui bajando la cuesta de terraza en terraza, provisto de alguna herramienta, me alegré con los jacintos en racimo en medio de la hierba, que muchos años antes yo había distribuido a centenares por la pendiente y reflexioné sobre el arriate que aquel año correspondía a las cinias. Vi con gozo florecer el hermoso barniz de oro y vi con desazón las lagunas y los puntos débiles del vallado del estercolero superior, trenzado con ramas, que estaba enteramente cubierto por el hermoso rojo de los brotes marchitos de las camelias. Bajé por completo hasta el huerto llano de las verduras, saludé a Lorenzo y conduje la conversación planeada preguntándole por su salud y la de su mujer, a la vez que intercambiamos opiniones sobre el tiempo. Yo pensaba que sería bueno, suponiendo evidentemente que traería algo de lluvia. Pero Lorenzo, que tiene aproximadamente la misma edad que yo, se apoyaba en sus palas, echaba una ojeada breve y sesgada sobre el nubarrón que avanzaba y sacudía su cabeza canosa. Hoy no iba a llover para nada. Nunca se puede saber, hay también sorpresas, aunque... y una vez más miraba de soslayo al cielo, sacudía la cabeza con más energía y cerraba la conversación sobre la lluvia: «*No, signore*».

Hablamos entonces de las verduras, de las cebollas recién plantadas; yo lo alabé todo encarecidamente llevándolo a mi verdadero propósito. La cerca por encima del montón de estiércol no se podría mantener por más tiempo; yo aconsejaría su renovación, aunque desde luego no precisamente ahora, cuando

todas las manos estaban ocupadas y aún había mucho que hacer, pero ¿no convendría, quizá, para el otoño o para el invierno? El hombre estuvo de acuerdo con ello y ambos convinimos en que, si aquel trabajo le interesaba, sería conveniente no sólo renovar el entramado con ramas verdes de castaño sino también los postes. Sin duda que aguantarían todavía algún añito más, pero sería mejor... Sí, dije yo, y como ya estábamos hablando del montón de estiércol, también me gustaría, si en el otoño no volvía a reservar toda la tierra buena para los arriates superiores, que me apartara algo para el macizo de flores, por lo menos dos carretillas bien cargadas. De acuerdo, y después tampoco deberíamos olvidar multiplicar aquel año las fresas y descombrar el fresal más bajo junto al seto, que ya llevaba varios años aguardando. Y así, unas veces a mí y otras a él, se nos fueron ocurriendo una serie de cosas buenas y útiles para el verano, para septiembre y para el otoño. Y después de haberlo discutido todo amigablemente, yo continué mi paseo y Lorenzo volvió a su trabajo, y ambos nos quedamos satisfechos con los resultados de nuestra conversación.

A ninguno de nosotros se nos ocurrió recordar con una cierta grosería el estado de cosas que a los dos nos era bien conocido, y que habría distorsionado nuestra conversación poniéndole unos ribetes ilusorios. Habíamos tratado conjuntamente el asunto de forma sencilla y de buena fe o casi de buena fe. Y sin embargo Lorenzo sabía tan bien como yo que aquella conversación con sus buenas intenciones y propósitos no se había grabado ni en su memoria ni en la mía, que ambos en un plazo máximo de quince días la habríamos olvidado por completo, meses antes de las fechas para la instalación del montón de estiércol y para la multiplicación de las plantaciones de fresas. Nuestra conversación matinal bajo un cielo no dispuesto a la lluvia se desarrolló de un modo singular por su misma naturaleza, un juego, un divertimento, un empeño puramente estético sin consecuencias. Para mí había sido un placer el contemplar durante un rato el bondadoso y viejo rostro de Lorenzo y ser objeto de su diplomacia, que opone al interlocutor un muro protector de la más bella cortesía sin tomarlo en serio. También como compañeros de edad teníamos un sentimiento recíproco de fraternidad, y si uno de nosotros renquea alguna vez con fuerza especial o tiene dificultades especiales con los dedos hinchados, no se habla del asunto; pero el otro sonrío comprensivo y con un ligero sentimiento de superioridad y para esa ocasión tiene el sentimiento de un cierto desquite, sobre la base de una homogeneidad y simpatía, en la que cada uno no deja de experimentar una cierta satisfacción al sentirse momentáneamente más fuerte, aunque

también piensa con un lamento anticipador en el día en que el otro ya no estará a su lado.

Del «Notizblätter um Ostern», 1954

## **OTOÑO PREMATURO**

Huele ya intensamente a hojas podridas,  
los campos de trigo están vacíos y sin vista;  
sabemos que una de las próximas tormentas  
romperá el cuello a nuestro cansado verano.  
Crepitan las silicuas de retama. De repente  
a todos nos parecerá lejano y fantástico  
lo que hoy creemos tener en la mano  
y cada flor maravillosamente nos desorienta.  
Un deseo medroso crece en el alma asustada:  
que no se agarre demasiado a la existencia,  
que viva la decadencia como un árbol,  
que no falten fiesta y color a su otoño.

## **BORRACHERA DEL CRECIMIENTO Y FIEBRE DE LA ESPECULACIÓN DEL SUELO\***

CUANDO HACE CUARENTA años llegué aquí a Montagnola después de una guerra mundial y de una serie de batallas personales del destino, naufrago pero dispuesto a la lucha y a comenzar de nuevo, ésta era todavía una pequeña aldea semidormida en medio de viñedos y bosques de castaños. Así continuó muchos años. Hasta que también nuestra colina entró en aquel estadio o en aquella enfermedad, que Knut Hamsun describió de forma tan inquietantemente impresionante en los Hijos de su tiempo y en La ciudad de Segelfoss. Donde todavía ayer se perdía por la pendiente un sendero juguetón y sinuoso entre hileras de vides y setos de madreselvas, hoy vemos detenerse sobre el suelo removido camiones que descargan ladrillos y sacos de cemento, y un poco después, en vez de las flores del prado, la vides y las higueras, vemos las cercas de alambre y detrás las pequeñas casitas arrabaleras de colores agrios que se arrastran y nos salen incesantemente al paso desde la ciudad y desde el valle con parcelaciones, construcciones nuevas, calles, muros, máquinas que mezclan el cemento. La borrachera del crecimiento y la fiebre de la especulación del suelo. La muerte del bosque, de los prados, de los viñedos. Crujían las máquinas de la construcción, sobre los depósitos de combustible retumbaba el golpe del martillo. No había nada que decir en contra, la gente estaba en su derecho. Hacía unas décadas que yo mismo había acotado aquí un trozo de tierra, lo había rodeado de un seto y había montado una casa, un jardín y unos caminos. Ciertamente que por entonces yo no era tanto uno de «los hijos de su tiempo» cuanto más bien un mentecato individual, que se asentó aquí lejos de la aldea, plantó árboles, luchó con la maleza y no sin cierto orgullo miró a la ciudad y sus arrabales desde la altura. Hacía largo tiempo que el orgullo había terminado, nuestra pequeña aldea se había convertido en una «ciudad de Segelfoss», se había construido casa tras casa y calle tras calle, se habían abierto o se habían agrandado tiendas, había un nuevo edificio de correos, un café, un kiosco de periódicos, cien nuevas terminales telefónicas, habían desaparecido nuestros antiguos paseos, mis

rincones escondidos para pintar y los lugares de descanso habituales. Nos había alcanzado la gran oleada, ya no éramos una aldea y nuestro entorno no era ya un paisaje rural. Y así como, retirados y ocultos, habíamos construido nuestra casa haría ya unos treinta años, la gran oleada llegaba ahora hasta nuestros pies y se había ido vendiendo, parcelando, construyendo y acotando prado tras prado.

Todavía nos protegía nuestra posición en la pendiente escarpada y en un sendero estrecho y malo; pero las terrazas de prados por debajo de nuestra hacienda con sus hileras de viñedos y árboles y su viejo y pintoresco establo seducían ya a los compradores, en parte por su afición a construir y en parte porque se trataba de especuladores. A veces se veía allí a gentes desconocidas, que andaban dando vueltas, valoraban la vista y medían las distancias a grandes zancadas. Mañana o pasado mañana nos arrebatrían aquel resto de naturaleza y de paz. Y ya no se trataba simplemente de la pareja de viejecitos que éramos nosotros y de nuestra tranquilidad. Se trataba de lo que nuestros patronos habían construido, planeado y dispuesto y de lo que nos habían dejado como a feudatarios y que ahora nosotros probablemente no podríamos devolver sin deterioro.

De «Bericht an Freunde», 1959

El mundo nos protege poco más, a menudo parece constar únicamente de gritos y de miedo; pero la hierba y los árboles continúan creciendo. Y si alguna vez la tierra quedase enteramente cubierta de cajas de cemento, los juegos de nubes seguirían estando siempre ahí, y aquí y allá habrá personas que con ayuda del arte tendrán siempre abierta una puerta a lo divino.

## **SALVE, SEÑORA TIERRA**

El mundo yace en pedazos,  
en tiempos lo queríamos mucho,  
ahora la muerte no tiene ya  
para nosotros muchos terrores.  
No hay por qué denostar al mundo,  
siempre tan disparatado y salvaje,  
viejos sortilegios siguen soplando  
en torno a su imagen.  
Queremos distinguir agradecidos  
en medio de su gran juego:  
nos dio placer y sufrimiento,  
nos dio amor, mucho amor.  
Salve, señora Tierra, adórnate,  
ponte de nuevo joven y tersa,  
nosotros rebosamos  
de tu felicidad y de tu desgracia.

## UNA LLAMADA DESDE MÁS ALLÁ DE LAS CONVENCIONES\*

RECIENTEMENTE ME escribía un joven, que se dirigía a mí tratándome de «anciano y sabio». «Tengo confianza en usted —me decía—, porque sé que es usted anciano y sabio.» Yo pasaba precisamente por un momento algo más alegre de lo normal y tomé la carta —que por lo demás era muy parecida a centenares de otras de distintas personas— sin desecharla a bulto y espigué aquí y allá alguna frase y entresaqué algunas palabras, las consideré con toda la atención posible y me pregunté por su significado real. Las palabras «anciano y sabio» figuraban allí en varias ocasiones y eran algo que podía mover a risa a un anciano cansado y gruñón, que en su larga y rica vida con mucha frecuencia había creído estar infinitamente mucho más cerca de la sabiduría que ahora, en esta condición reducida y poco satisfactoria. Sí, yo era anciano, eso estaba claro, anciano y achacoso, desilusionado y cansado. ¡Y, sin embargo, la palabra «anciano» también podía expresar algo distinto por completo! Cuando se hablaba de sagas antiguas, de casas y ciudades viejas, de árboles viejos, de comunidades y cultos antiguos, el adjetivo «anciano», «viejo», no expresaba en absoluto nada desvalorado, ocioso o despreciable. Además, las cualidades de la ancianidad yo sólo podía pretenderlas de una manera muy parcial; y me inclinaba a hacer valer y aplicarme únicamente la mitad negativa de los muchos significados de la palabra. Ahora bien, para el joven redactor de la carta la palabra «anciano» que me aplicaba también podía tener un valor y un sentido pintoresco de vejete barbicano, de aire tranquilo y sonriente, un valor en parte sentimental y en parte respetuoso; al menos ése era el sentido adicional que para mí siempre había tenido en los tiempos en los que yo personalmente no era todavía un anciano. Así que la palabra podía funcionar perfectamente en ese sentido y entenderla y valorarla como un tratamiento respetuoso.

Pero ¿qué decir de la palabra «sabio»? ¿Qué podía significar propiamente? Si lo que pretendía indicar era simplemente eso, algo genérico y

difuso, un epíteto convencional, un simple adjetivo, bien cabía permitir que siguiera funcionando con ese valor. De no ser así, si realmente quería significar algo, ¿cómo podía entrar yo tras ese significado? Recordaba un método antiguo, que había aplicado con frecuencia: el método de la asociación libre. Descansaba un poco, daba un par de vueltas por la habitación, me repetía una vez más la palabra «sabio» y esperaba a ver qué era lo primero que se me ocurría. Y hete aquí que la ocurrencia llegaba con otra palabra: con la palabra Sócrates. En cualquier caso era algo más que una mera palabra, era un nombre, y detrás de ese nombre no había una abstracción, sino una figura, un hombre. ¿Y qué tenía que ver el tenue concepto de sabiduría con el nombre jugoso y tan real de Sócrates? Eso era fácil de establecer. Sabiduría era aquella propiedad que los profesores de instituto y de universidad, que los personajes prominentes que pronunciaban conferencias frente a un salón atestado, que los autores de editoriales y de ensayos han atribuido irremisiblemente a Sócrates tan pronto como se referían a él. El sabio Sócrates. La sabiduría de Sócrates o, como diría el conferenciante destacado: la sabiduría de un Sócrates. No había más que decir sobre esa sabiduría. Pero, tan pronto se había escuchado la frase, se abría paso una realidad, una verdad, la del Sócrates real, una figura perfectamente vigorosa y convincente, pese a todo el revestimiento legendario. Y aquel personaje, aquel anciano ateniense con su rostro bonachón y feo, había dado una información inconfundible por completo sobre su propia sabiduría, se había dado a conocer de forma vigorosa y explícita en el sentido de que no sabía nada, absolutamente nada, y que en modo alguno aspiraba al atributo de la sabiduría...

Aquí estaba yo, anciano y sabio, frente al Sócrates anciano e ignorante y tenía que defenderme o debía avergonzarme. Para avergonzarme había algo más que causa suficiente, pues a pesar de todas las tretas y argucias yo sabía perfectamente bien que el joven, que me trataba como a un sabio, en modo alguno lo hacía desde su propia necesidad e ingenuidad juvenil, sino que yo le había dado pie para ello, lo había seducido y medio autorizado a través de muchas de mis palabras poéticas, en las cuales puede rastrearse algo así como experiencia y reflexión, algo así como doctrina y sabiduría de anciano, y si yo también, según creo, había puesto en duda, había cambiado y hasta revocado la mayor parte de mis «sabidurías» formuladas poéticamente tras haberlas puesto de nuevo entre comillas, después de todo a lo largo de mi vida y actuación había afirmado más que negado, había asentido o guardado silencio más que combatido y con bastante frecuencia había mostrado mi reverencia a

las tradiciones del espíritu, de la fe, del lenguaje y de la costumbre. En mis escritos es innegable que se podía rastrear aquí y allá un relampagueo, un desgarró en las nubes y colgaduras de las imágenes traídas del altar, un desgarró detrás del que alentaba amenazador un fantasma apocalíptico, en éste o en aquel pasaje se sugería que la posesión más segura del hombre es su pobreza, que el pan más propio del hombre es su hambre; pero a fin de cuentas, y exactamente igual que todas las demás personas, yo me había dedicado preferentemente a los mundos y las tradiciones de las bellas formas, había preferido los jardines de las sonatas, fugas y sinfonías a todos los fuegos artificiales apocalípticos, y los juegos y consuelos mágicos del lenguaje a todas las vivencias en las que el lenguaje cesa y se hace nada, porque por un momento espantosamente bello, tal vez dichoso, tal vez mortal, nos contempla lo indecible, lo impensable, la interioridad del mundo que sólo se puede vivir como misterio y como asombro. Si el joven redactor de la carta no veía en mí a un Sócrates ignorante, sino a un sabio en el sentido de los profesores y de los ensayistas, en líneas generales no tendría más remedio que haberle dado la razón...

Así pues, el análisis de las palabras «anciano y sabio» me había reportado escasa utilidad. Ahora, y para acabar de alguna manera con la carta, recorría el camino a la inversa e intentaba buscar una explicación no a partir de cualquiera de las distintas palabras, sino desde el contenido, desde el conjunto del propósito que había inducido al joven a escribir su carta.

Ese propósito era una pregunta, muy fácil en apariencia y por lo mismo también aparentemente fácil de responder, cuyo tenor era el siguiente: «¿Tiene la vida un sentido, o sería mejor meterse una bala bajo la tapa de los sesos?». A primera vista no parece que semejante pregunta permita muchas respuestas. Yo podría responder: «No, querido, la vida no tiene sentido, y de hecho es mejor...» etcétera. O bien podría decir: «Querido, la vida tiene ciertamente un sentido, y la solución de la bala no viene al caso». O bien: «Cierto que la vida no tiene sentido alguno, mas no por ello es preciso quitarse de en medio». O bien: «La vida tiene desde luego su perfecto sentido, pero es tan difícil justificarlo o simplemente reconocerlo, que es preferible meterse una bala en la cabeza», etcétera.

En una primera consideración cabría pensar que éstas eran las posibles respuestas a la pregunta del muchacho. Pero en cuanto pienso un poco en las distintas posibilidades, me doy cuenta de que no son cuatro u ocho las respuestas, sino ciento y aun mil. Y así cabría jurar que para aquella carta y su

corresponsal en el fondo sólo había una única respuesta, una única puerta al campo, una única liberación del infierno de la propia necesidad.

Para encontrar esa única respuesta no hay sabiduría ni ancianidad que ayuden. La pregunta de la carta me deja por completo a oscuras, porque las sabidurías sobre las que yo dispongo, y también aquellas sabidurías sobre las que disponen otros pastores de mayor edad y experiencia, sin duda que se aplican preferentemente en libros y prédicas, en conferencias y artículos, pero no a este caso concreto y real, no a este paciente sincero, que ciertamente sobreestima el valor de la ancianidad y de la sabiduría y al que la realidad le resulta más enojosa y que con las sencillas palabras de «Yo tengo confianza en usted» me arrebatara de las manos todo tipo de armas, tretas y artificios.

Así las cosas ¿cómo encontrará su respuesta esa carta con una pregunta tan infantil como sería?

De la carta irradió algo sobre mí, algo me iluminó y yo lo rastreeé y asimilé más con los nervios que con la inteligencia, más con el estómago o el simpático que con la experiencia y la sabiduría: un soplo de realidad, un relámpago desde el abierto desgarro de las nubes, una llamada desde el otro lado, desde más allá de las convenciones y apaciguamientos, sin que haya otra solución que apretarse y callar o bien obedecer y aceptar la llamada. Quizá tenga yo todavía la elección, quizá pueda decirme todavía: al pobre muchacho ciertamente que no puedo ayudarlo, pues sé tan poco como él, quizá puedo poner la carta debajo de todas, bajo un montón de otras cartas y procurar así, medio inconsciente, su abandono y progresiva desaparición hasta su olvido completo. Pero, mientras pienso eso, sé ya también que la carta de marras sólo podré olvidarla cuando de hecho la haya respondido y la haya respondido de forma correcta. Que lo sé personalmente y que estoy convencido de ello no es algo que deba a experiencias ni a sabiduría, más bien se debe a la fuerza de la llamada, al encuentro con la realidad. Por consiguiente, la fuerza de la que yo sacaré mi respuesta ya no procede de mí, de la experiencia, de la sagacidad, de la práctica, de la humanidad, sino de la realidad misma, de la minúscula esquirla de la realidad que aquella carta me atribuyó. La fuerza, por tanto, que dará respuesta a dicha carta, está en la propia carta, se responderá a sí misma, será el propio joven quien se dé la respuesta. Si arranca una chispa de mí, que soy la piedra, el anciano y sabio, será su martillo, su golpe, su necesidad, exclusivamente su fuerza los que hagan saltar la chispa. Yo no debo silenciar que esa carta con esa misma pregunta la he recibido ya, leído y respondido o no respondido muchísimas veces.

Únicamente que la fuerza de la necesidad no es siempre la misma, pues no son únicamente las almas fuertes y puras las que en algún momento formulan tales preguntas; cuentan también los jóvenes ricos con sus medios sufrimientos y su media entrega. Muchos ya me han escrito diciendo que ponían en mi mano la decisión; que un sí de mi parte lo sanaría y que un no lo mataría...

Y por duro que esto suene yo descubría la llamada a mi vanidad, a mi propia debilidad y llegaba al veredicto: el tal corresponsal ni sanaría con mi «sí» ni moriría con mi «no», sino que continuaría cultivando su problemática y tal vez dirigiría su pregunta a muchos otros de los denominados ancianos y sabios, se consolaría y se divertiría un poco con las respuestas y colocaría en una carpeta su colección de las mismas.

Si hoy no confiase esa idea al corresponsal en cuestión, si le tomase en serio, replicase a su confianza y tuviera el deseo de ayudarle, todo ello no se me debería a mí sino a él, sería su fuerza la que guiaría mi mano, sería su fuerza la que quebraría mi sabiduría convencional de anciano, sería su pureza la que también me forzaría a la sinceridad, no a cualquier tipo de virtud, a un amor al prójimo, a un tipo de humanidad, sino en aras de la vida y de la realidad; al igual que cuando hemos respirado, a pesar de todos los propósitos o concepciones del mundo, después de una pequeña pausa de nuevo es necesario inspirar. Si no lo hacemos, todo termina para nosotros.

Y si ahora, impresionado por la necesidad, iluminado por el relampagueo de la verdadera vida, me dejo forzar a la actuación rápida por la sutileza difícilmente soportable de su aire, ya no tendré idea ni duda alguna que oponer a esa carta, no tendré ya que someterla a ningún análisis ni diagnóstico, sino que tendré que seguir su llamada sin tener que introducir mi consejo y conocimiento: sólo debo exponer lo único que realmente puede ayudar, a saber, la respuesta que el joven quiere tener y que él sólo necesita oír de otra boca para descubrir que es su propia respuesta, su propia necesidad, la que él ha evocado allí.

Se necesita mucho para que una carta, una pregunta de un desconocido llegue realmente al receptor, pues en efecto el corresponsal puede expresarse con unos signos puramente convencionales, pese a la necesidad genuina y apremiante. Pregunta: «¿Tiene la vida un sentido?», y eso nos suena como algo vago y tan insensato como un pesimismo juvenil. Pero él no pregunta por la vida, no está interesado en filosofías, dogmáticas ni derechos humanos; piensa única y exclusivamente en su vida y en modo alguno pretende

escuchar una tesis o una enseñanza encaminada a dar un sentido a la vida. Nada de eso, lo que quiere es que su necesidad real la vea una persona de carne y hueso, la comparta por un momento, y con ello pueda momentáneamente superarla. Y si le garantizo esa ayuda, no seré yo quien lo ha ayudado, sino la realidad de su necesidad, que a mí, el anciano y sabio, me ha despojado por un momento de la ancianidad y de la sabiduría y me ha recubierto con una ola fría y cortante de realidad.

De «Geheimnisse», 1947

## **FINALES DE AGOSTO**

Una vez más el verano, al que habíamos renunciado,  
ha recuperado su fuerza;  
cual compendiado en días cortos irradia,  
resplandece con soles radiantes y sin nubes.  
Así puede un hombre al final de su esfuerzo,  
ya retirado en su desengaño, confiar  
de pronto una vez más en las olas,  
arriesgando en el salto lo que le queda de vida.  
Tanto si se prodiga en un amor,  
como si se arma para una obra tardía,  
en sus obras y placeres brilla una claridad  
otoñal y su hondo saber sobre el final.

## VIVENCIAS OTOÑALES

EL VERANO INCOMPARABLE de este año, para mí un año abundante en regalos, fiestas, vivencias cordiales, aunque también en ajetreo y trabajo, hacia el final empezó a perder algo de su humor amistoso, simpático y alegre, recibió asaltos de melancolía, de tribulaciones y de disgustos, y hasta de hastío y de barruntos de muerte. Uno se iba por la noche a la cama con un cielo luminoso y estrellado, y a veces a la mañana siguiente te recibía una luz difusa, gris, cansada y enfermiza, la terraza estaba mojada y por doquier se desbordaba un frío húmedo, el cielo dejaba caer unas nubes desmadejadas e informes hasta lo más profundo de los valles y cada instante parecía listo para un nuevo aguacero y el mundo, que acababa de respirar en la plenitud y seguridad estival, olía, inquieto y receloso, a otoño, putrefacción y muerte, aunque los bosques y hasta las laderas cubiertas de hierba, que generalmente por estas fechas están quemadas y presentan un color amarillento y marrón, conservaban su verde intenso. El verano había enfermado, nuestro tardío verano tan lozano y tan de fiar, se había cansado, tenía antojos y «maullaba», como se dice en suabio. Pero seguía vivo. Casi a cada uno de esos ataques de flojera, de dejarse ir y de mal humor seguía una autodefensa y florecimiento, un retorno hacia el hermoso anteayer, y tales días —a menudo no pasaban de ser unas horas— de recuperación vital tenían una belleza especial, conmovedora y casi asustada, una transfigurada sonrisa septembrina, en la que se mezclaban admirablemente verano y otoño, energía y cansancio, voluntad de vivir y debilidad. Muchos días se combatía lentamente y con pausas de respiro esa belleza anciana del verano; con pausas de agotamiento, la luz delicada y transparente conquistaba temblorosa el horizonte y las cumbres de los montes, y al atardecer mundo y cielo yacían en una claridad serena y apacible prometiendo días frescos, claros y luminosos. Pero a lo largo de la noche todo volvía a perderse. De madrugada el viento arrastraba pesados aguaceros sobre el paisaje empantanado, olvidando la sonrisa alegre y prometedora de la tarde, borrando los colores vaporosos y apagando de nuevo y ahogando en el cansancio la valentía luminosa y la voluntad de

victoria tras la lucha del día precedente.

No era sólo por mí por lo que observaba con desconfianza y una cierta preocupación aquellas oscilaciones y aquellos bandazos extrañamente excéntricos. No era sólo mi vida cotidiana la que estaba amenazada por aquellas invasiones y la que tenía que refugiarse en la casa y el despacho durante un cierto período de encierro. Era también por un inminente suceso importante, para el que parecían más que deseables un cielo amable y algo de calor en el ambiente: la visita de un viejo y querido amigo de Suabia. Aquella visita, repetidas veces retrasada, iba a hacerse realidad ahora, en unos días. Aunque el amigo sólo quería ser mi huésped por una noche, para mí significaba una pérdida el que su llegada, la estancia en casa y su partida tuvieran que realizarse con un tiempo inhóspito y lúgubre. Así que acabé por mirar con preocupación los empeoramientos y las mejorías y toda la inquieta oscilación del tiempo. Mi hijo, que me hizo compañía durante una larga ausencia de mi mujer, me ayudaba en el bosque y en el viñedo, yo hacía en la casa mi trabajo cotidiano y buscaba también un regalo para la esperada visita. Por la noche le hablaba un poco a mi hijo de la persona que aguardábamos, de nuestra amistad, de la manera de ser y actuar de mi amigo, que en su tierra era venerado y querido por los eruditos como heredero y encarnación de la mejor tradición patria y como uno de los espíritus grandes del país.

Cómo me habría disgustado que Otto, que por lo que yo sabía hacía décadas que no había estado en el sur y que todavía no había visto mi casa, mi jardín y la perspectiva de que yo gozaba sobre el valle del lago, hubiera tenido que contemplar todo aquello con una temperatura gélida y a la luz húmeda y melancólica de un día lluvioso. Pero secretamente aún me preocupaba y mortificaba otra idea, una idea realmente molesta y humillante: el amigo de mi juventud, primero abogado, después alcalde-presidente de una ciudad, luego, durante un período, funcionario del Estado, más tarde ya jubilado cargado con todo tipo de títulos honoríficos y en parte importantes, jamás había vivido en circunstancias tan placenteras y hasta opulentas; bajo el régimen de Hitler había padecido un período de hambre como un funcionario no equiparado con una gran familia, más tarde la guerra, los bombardeos, había perdido la casa y la hacienda, se había resignado valiente y alegre a llevar una vida espartana y sin necesidades... ¿qué iba a pensar al verme allí, sin que la guerra me hubiera afectado, en una casa espaciosa y confortable, con dos despachos, con criados y muchas comodidades, de las que yo difícilmente habría podido prescindir, pero que a él debían de antojársele como lujos pasados de moda? Cierto que él tenía ya alguna información sobre

mi vida, sabía que todo aquello, agradable y quizá hasta lujoso, lo había conseguido tras largas privaciones y con graves renunciaciones o lo había recibido como un regalo. Pero aunque mi bienestar no podía suscitar envidia alguna en él, el más leal tal vez de mis amigos, al final tendría que reprimir una sonrisa sobre todo lo inútil e innecesario que él iba a encontrar en mi casa y que a mí me parecían cosas necesarias. La vida nos hace recorrer caminos cómicos: en tiempos yo encontraba muchas trabas y dificultades porque era pobre y llevaba remiendos en los pantalones, y ahora, paradójicamente, tenía que avergonzarme por las comodidades de mi hacienda. La cosa había empezado con el alojamiento de los primeros emigrantes y refugiados.

A mi hijo le conté cuándo y dónde nos conocimos por vez primera y nos hicimos amigos. Hacía sesenta y un años que nuestras madres nos habían confiado como educandos al monasterio de Maulbronn; también entonces era septiembre; yo lo había descrito en alguno de mis libros y era una ceremonia bien conocida en Suabia. Allí Otto se había convertido en mi compañero de clase, aunque todavía no en mi amigo. Eso sólo ocurrió en reencuentros posteriores con el resultado de una amistad firme, cordial y nada sentimental. Mi amigo tenía una relación directa y fuerte con la poesía; heredada ya de un padre erudito y cultivado, la había practicado y alimentado a lo largo de su vida. Eso le hacía sensible a la obra y la persona de un poeta asociado ya por recuerdos comunes. Y para mí era el amigo digno de admiración, y a veces también digno de envidia, por su firme arraigo a un suelo patrio y a un espíritu popular, que confería a su personalidad, de por sí asentada y tranquila, una seguridad y una base amplia que a mí me faltaba.

El hombre estaba lejos de cualquier nacionalismo y posiblemente era más contrario aún que yo a la jactancia y a la agitación patriótica; pero en su Suabia natal, en su paisaje e historia, en su lenguaje y literatura, en su dominio de los refranes y usos, era el dueño absoluto, y lo que había empezado como una herencia natural —la familiaridad con los secretos, las leyes del crecimiento y de la vida, incluidas las debilidades y los riesgos de aquella mentalidad popular—, a lo largo de décadas y a través de la experiencia y del estudio se había convertido en un saber para envidia de más de un patriota elocuente. En cualquier caso para mí, que era un intruso, aquel hombre era una personificación del mejor amor a Suabia.

Y por fin llegó mi amigo y celebramos la fiesta del reencuentro. Era un poco menos viejo que yo y sus movimientos se habían hecho algo más lentos desde nuestro último encuentro. Mas como cada una de las veces anteriores

me pareció que para su edad, que era también la mía, estaba maravillosamente vigoroso y fuerte, firmemente asentado en sus piernas acostumbradas a andar, y, como cada vez, a su lado yo parecía más bien un hombre flojo y débil.

Y no se presentó sin un regalo de invitado. Como emisario de mis parientes suabios me trajo un paquete pesado, que contenía en la medida en que habían podido conservarse todas las cartas que yo había escrito a mi hermana Adele desde aproximadamente 1890 hasta 1948. Con lo cual no sólo me trajo la posibilidad de evocar el pasado en nuestras conversaciones, sino también todo un arcón rebosante de un pasado condensado y documentado.

Pero aunque a mí pudiera parecerme entonces que no tenía importancia alguna el regalito que yo le había preparado, desde el primer instante de su llegada no experimentó vergüenza alguna y le acompañé contento y con toda franqueza por mi casa. Los dos nos alegramos mutuamente, él con su buena disposición de viajero y yo albergando un trozo de la adolescencia y juventud que mi huésped me había traído. También conseguí disuadirle de su propósito de volver a ponerse de viaje a la mañana siguiente y accedió a posponer un día más la partida. En compañía de mi hijo recorrió los alrededores como un viejo señor, afable y cortés; con sus setenta y cinco años, la nueva amistad, lejos de ser una carga para mi hijo, fue más bien un gozo estimulante. Martin descubrió así mismo que había conocido a un hombre singular y valioso. Repetidas veces también nos sorprendió y captó a los dos con su cámara fotográfica, mientras conversábamos delante de la casa.

Muy pocas de las personas para las que escribo este relato son tan ancianas como yo. Y en su mayoría no saben lo que para los ancianos, especialmente cuando han pasado su vida lejos de los lugares e imágenes de su juventud, puede significar un objeto que les recuerda la realidad de aquel tiempo juvenil, como puede ser un mueble antiguo, una fotografía amarillenta, la recuperación de una carta cuya letra y papel nos abren e iluminan todo el tesoro de la vida pasada, a la vez que redescubrimos apodosos y expresiones familiares que hoy ya nadie entiende y cuyo acento y contenido nosotros mismos sólo logramos esclarecer mediante un pequeño y grato esfuerzo.

Y mucho más, muchísimo más que esos documentos de época lejana significa el reencuentro con una persona viva, que en tiempos fue niño y joven contigo, que conoció a tus maestros, enterrados hace ya mucho tiempo, y de quienes ha conservado recuerdos que a ti te habían escapado. Nos miramos mutuamente el compañero de clase y yo, y cada uno ve en el otro no

solo el tupé blanco y los ojos cansados bajo los párpados abolsados y un tanto entumecidos, ve también, detrás del hoy, el entonces de aquella época. No sólo hablan entre sí dos ancianos, es que además habla el seminarista Otto con el seminarista Hermann, y debajo de los muchos años de historia pasada, cada uno sigue viendo aún al camarada de catorce años, escucha su voz juvenil de entonces, lo ve sentado en el banco de la escuela haciendo visajes, lo ve jugando al balón o montando a caballo con el pelo desgredado y los ojos relampagueantes; en el rostro todavía infantil ve las primeras luces matinales del entusiasmo, de la emoción y la devoción en los tempranos encuentros con el espíritu y con la belleza.

Y una observación de paso: la de que a menudo las personas de edad adquieren un sentido para la historia que no tuvieron en su juventud, apoyándose precisamente en el conocimiento de los numerosos estratos que en el rostro y en el espíritu de una persona han ido superponiéndose a lo largo de muchas décadas de experiencias y sensaciones. En el fondo, aunque no siempre ni mucho menos de una manera consciente, todos los ancianos piensan en una perspectiva histórica. No están satisfechos con el estrato superior, que tanto agrada a los jóvenes. No querrían prescindir de él ni borrarlo, pero sí que les gustaría percibir debajo del mismo la secuencia de aquellos estratos vivenciales que otorgan al presente todo su peso.

Así las cosas, nuestra primera velada fue una auténtica fiesta. No sólo afloraron en la conversación los recuerdos juveniles, ni los relatos se ciñeron exclusivamente a la vida, el estado de salud o la muerte recién acaecida de nuestros compañeros de Maulbronn; también abundaron las conversaciones y confesiones de índole general sobre las cosas de Suabia y de Alemania, sobre la vida cultural de un lado y del otro, sobre las actuaciones y sufrimientos de coetáneos importantes.

Pero nuestras conversaciones fueron preferentemente alegres, y aun tratándose de cuestiones muy serias prevaleció el tono lúdico y distante, que tan natural y agradable nos resulta a los ancianos frente a las cuestiones de actualidad. Mas para mí, un hombre solitario, no dejó de significar una conmoción extraordinaria el estar de sobremesa mucho más de lo habitual, el haber hablado y escuchado durante tres horas, el haberme entusiasmado a través de los saludos del antiguo hogar y el haber ahondado en la mañana de los recuerdos; presentí que iba a pasar una mala noche, y no me equivoqué. Pero yo estaba dispuesto de buen grado a contar a mi manera la bella vivencia. Sólo que por la mañana estaba enfermo y cansado, aunque contento

a la vez de que mi hijo me fuera tan útil y estuviera amablemente a mi lado.

Mi amigo estaba alegre y distendido como siempre; yo nunca lo había visto enfermo, nervioso, de mal humor o agotado. Por mi parte me mantuve tranquilo por completo durante las horas matinales, aspiré un poco de rapé y a partir del mediodía volví a sentirme receptivo. El tiempo había mejorado y pude invitar a mi huésped a dar una vuelta por nuestra colina. Ni me resultó vergonzoso ni suscitó en mí envidia alguna el verlo junto a mí tan enérgico, con aire de haber dormido a gusto y de estar receptivo a cualquier estímulo. Por el contrario, aquello me hizo bien: aquel hombre amable irradiaba un aura de paz y de antigua ataraxia, que yo percibía contento y agradecido y por la que me dejaba influir. ¡Realmente era bueno, hermoso y agradable el que ambos fuésemos tan diferentes por temperamento, constitución y dotes! Más aún: qué hermoso el que cada uno de nosotros nos hubiésemos mantenido fieles a nuestra manera de ser habiendo llegado a ser justamente lo que la naturaleza de cada uno reclamaba: el funcionario tranquilo pero incansable con su fuerte inclinación a la poesía y la erudición, y el literato nervioso, demasiado accesible al cansancio pero tenaz en el fondo. Todo sumado, cada uno de nosotros dos había alcanzado y realizado bastante de lo que podía exigirse a sí mismo y de lo que debía al mundo. Quizá la vida de Otto era más feliz, pero no reflexionamos mucho sobre la felicidad, y en cualquier caso no había sido la meta de nuestro esfuerzo.

En un aspecto yo le llevaba alguna ventaja. Era tres meses mayor que él y tenía a mis talones el jubileo de los setenta y cinco años. Habíamos convenido en que yo daría las gracias y los inteligentes organizadores me habían dispensado de que compareciera personalmente en las distintas celebraciones. Pero mi buen suabio tenía todo eso pendiente y sin tal dispensa. En breve tendría que afrontar la fatiga de las celebraciones, sin que fuera fatiga pequeña aguantar todos aquellos honores.

También yo le había hecho ya preparar un regalito jubilar por las manos amigas de un editor de Stuttgart: se trataba de un pequeño manuscrito ilustrado. No había duda de que afrontaría mejor que yo, con dignidad y donaire, lo que se le avecinaba de celebraciones, discursos y distinciones y que respondería escrupulosamente a los centenares de cortesías y apretones de manos.

Aunque no había estado tan expuesto como yo a la luz de las candilejas, tampoco la sabia sentencia *Bene vixit qui bene latuit* (bien vivió quien bien se ocultó) se había convertido en la consigna de su vida. Era un hombre al que

muchos conocían, que probablemente había tenido sus enemigos además de los nazis y había afrontado numerosas batallas y que, ahora, en el atardecer de su vida leal y laboriosa se había convertido para los entendidos en el representante indispensable del espíritu suabio. No hablamos de su inminente homenaje, pero sí de aquellas instituciones de la vida cultural patria, que su colaboración había protegido decisivamente y hasta salvado en tiempos difíciles. También hablamos un poco de nuestras mujeres, recordamos a la suya que recientemente había estado enferma y a la mía que desde hacía un par de semanas había iniciado sus bien merecidas vacaciones y que siguiendo su máximo anhelo, había visitado Ítaca, Creta y Samos.

También nuestra segunda y última velada estuvo llena de gozo y armonía, sacó una nueva cantidad de datos del viejo tesoro y muchas opiniones amables de la experiencia del amigo. Era un hombre demasiado escrupuloso y amaba demasiado el lenguaje para poder ser un charlatán preocupado por las palabras, aunque hablaba sin ningún esfuerzo, lentamente y con una selección esmerada de los términos. Más tarde, cuando previsoramente nos despedimos uno del otro, quiso pasear por la mañana a una hora en la que mi jornada aún no había principiado propiamente y cuidé de que le acompañase cuidadosamente mi hijo. Al despedirnos reímos al unísono sin decir una palabra sobre lo que ambos pensábamos: «quizá fuese aquélla la última vez».

Los días eran cada vez más otoñales, los días de lluvia cada vez más oscuros y los claros cada vez más fríos, en muchas cumbres ya había nieve. El domingo después de la partida de mi huésped fue un día especialmente hermoso; escalamos hasta una cima desde la que podían verse los montes Walliser y en la mayor parte de las aldeas la gente estaba todavía ocupada con la vendimia. Disfrutamos de aquellas vistas llenas de colorido y habríamos querido que nuestro amigo hubiese pasado con nosotros también aquel día y hubiese gozado de aquellos azules, oros y blancos de las cumbres lejanas, de aquella claridad cristalina del aire, de aquellos grupos abigarrados de vendimiadores en las terrazas de los viñedos.

Y precisamente hacia aquella hora en que lo recordamos durante nuestra marcha, murió mi amigo.

Había regresado a su casa con buena salud y contento, había escrito postales a muchos amigos, incluida mi hermana, contándoles su visita a Montagnola; a mí me había comunicado su regreso a casa, que inmediatamente fue enérgicamente desmentido por uno de sus empleados. Y aquella tarde, que nos obsequió con una luz y un centelleo colorista tan

extraordinariamente noble, había muerto sin violencia y tras una brevísima indisposición. Yo lo supe ya a la mañana siguiente por un telegrama, que me brindaba unas palabras que podrían pronunciarse en su tumba y que pronto llegaron también en una nota de su mujer: «Ayer domingo, hacia las dos, murió mi marido de forma inesperada y tranquila. En la visita a su casa tuvo ocasión de conocer su amistad y su afecto, por lo que querría darle a usted las gracias. Recuérdelo también ahora con los mejores sentimientos».

Sí, yo estaba junto a él con todo mi corazón. Por dolorosa que fuese la pérdida, a mí, por encima de todo, la muerte de aquel hombre, al que ya en vida muchas personas buenas y acreditadas habían considerado a menudo como un modelo, me pareció admirablemente ejemplar. Trabajador responsable y leal hasta el último día, y además sin guardar cama, sin lamentos, sin llamadas a la compasión y la asistencia, sin más que una muerte sencilla, tranquila, serena. Una muerte con la que, a pesar de toda la tristeza, había que estar de acuerdo, una muerte que cerraba suavemente una vida valiente y de servicio y que al amigo, que ciertamente no había conocido su propio cansancio, lo sustraía amigablemente a las exigencias del mundo y a los esfuerzos que en pocos días le habría deparado su jubilación.

Fue sin duda una gracia el que, un momento antes de alcanzar la paz conversase conmigo, se sentase a mi mesa, me trajera saludos y regalos del hogar, y el que tal vez fuese yo la última persona con la que había mantenido una conversación más allá de la rutina habitual, y que una vez más me obsequiara con su amistad y cercanía, con la serenidad, el calor y la alegría que de él irradiaban. Sin esa vivencia probablemente yo no habría sido capaz de entender su fin —porque «entender» es un verbo demasiado grande—, para aceptarlo y ordenarlo como un remate bueno, ajustado y armonioso. Que también les vaya así a otros de sus amigos, a ellos y a mí en momentos en que necesitamos que su figura, su manera de ser, su vida y su final sean un consuelo y un ejemplo tonificante.

## **PASEO A FINALES DE OTOÑO**

La lluvia otoñal socava el bosque descolorido,  
con el viento de la mañana tiritita el valle de frío,  
caen duros los frutos del castaño  
y revientan y ríen en su humedad marrón.  
En mi vida ha cavado el otoño,  
el viento arrastra las hojas destrozadas  
y sacude rama contra rama... ¿Dónde está el fruto?  
Hice florecer el amor, y dolor fue el fruto.  
Hice florecer la religión, y el fruto fue odio.  
Se adueña el viento de mis ramas secas,  
yo me reía y aguantaba sus asaltos.  
¿Cuál es mi fruto, cuál mi meta? Yo florecía  
y florecer era mi meta. Ahora me marchito,  
y marchitarse es mi meta, nada más,  
cortas son las metas que el corazón se señala.  
Dios vive en mí, Dios muere en mí, Dios  
sufre en mi pecho, para mí meta suficiente.  
Camino o extravío, brote o fruto,  
todo es lo mismo, todos son simples nombres.  
Con el viento de la mañana tiritita el valle de frío,  
caen duros los frutos del castaño  
y ríen duros y claros. Yo río con ellos.

## **LA TENDENCIA A LOS HÁBITOS FIJOS Y A LAS REPETICIONES\***

ALGO DIFERENTE... es lo que ocurre con la forma de vida de las personas mayores, y aquí ni puedo ni debo permitirme ninguna ficción e ilusión, sino que me quedo con el conocimiento del hecho de que una persona más joven o en edad claramente juvenil no tiene la menor idea del modo en que viven las personas mayores. Porque para éstas en el fondo ya no hay vivencias nuevas; durante largo tiempo han recibido de antemano las vivencias primarias adecuadas, y sus experiencias «nuevas», cada vez más raras, son repeticiones de lo experimentado varias veces o, a menudo, son barnices nuevos sobre una pintura terminada al parecer mucho tiempo atrás, y sobre la existencia de vivencias antiguas extienden una nueva y fina capa de color o barniz, una capa encima de otras diez u otras cien. Y, sin embargo, significan algo nuevo; no son ciertamente vivencias primarias, pero sí auténticas, pues entre otras cosas cada vez se convierten en encuentros o exámenes con uno mismo.

El hombre que ve el mar por vez primera o que escucha por vez primera Las bodas de Fígaro vive algo distinto, y por lo general de forma más intensa, que quien lo ha hecho diez o cincuenta veces. Éste último tiene para el mar y para la música ojos y oídos diferentes, menos activos pero más experimentados y aguzados, y no sólo recibe la impresión, que para él ya no es nueva, de forma distinta y más diferenciada que el otro, sino que en la vivencia renovada le salen también al paso las veces anteriores; no sólo conoce una vez más y de una manera nueva al mar y al Fígaro ya conocidos, sino que se encuentra consigo mismo, con su yo más joven, con sus muchos peldaños vitales anteriores en el marco de las vivencias, nimbadas ya sea con sonrisas, burlas, aires de superioridad, emoción, vergüenza, alegría o arrepentimiento.

En general es conforme a la edad superior el hecho de que el viviente frente a sus formas de vida y vivencias anteriores propenda a la emoción o a

la vergüenza, más que al sentimiento de superioridad; y concretamente frente a la persona productiva, frente al artista, en los últimos estadios de su vida el reencuentro con la potencia, intensidad y plenitud de su vigor vital rara vez suscitan el sentimiento de: «¡Oh, qué débil y necio era yo entonces!», sino por el contrario el deseo de «¡Oh, si tuviera yo todavía algo de la energía de entonces!»...

Nosotros, los poetas e intelectuales, valoramos muchísimo la memoria, es nuestro capital, de él vivimos; pero si a nosotros esa irrupción desde el mundo inferior de lo olvidado y rechazado nos sorprende, siempre supone el descubrimiento, alegre o menos, de una violencia o de un poder, que no es inherente a nuestros recuerdos cuidadosamente cultivados. A mí me venía a veces la idea o la sospecha de que el instinto de viajar y conquistar el mundo, el hambre de novedades aún no vistas, de viajes y exotismo, conocido por la mayor parte de las personas que no carecen de fantasía, especialmente en la juventud, bien podría ser también un hambre de olvido, de arrinconamiento de lo ocurrido en la medida en que nos presiona, el deseo de cubrir las imágenes vividas con el mayor número posible de imágenes nuevas.

Por el contrario la propensión del anciano a unos hábitos y repeticiones fijas, a la búsqueda siempre renovada de las mismas zonas, personas y situaciones, sería un esfuerzo por conseguir el bien del recuerdo, una necesidad nunca fatigosa de asegurarse lo que se guarda en la memoria y tal vez también un deseo de reencontrar y de añadir al tesoro de lo recordado una ligera esperanza, quizá de ver aún aumentado ese tesoro de lo que se guarda, quizás esta o aquella vivencia de un día, este y aquel encuentro, esta o aquella imagen y rostro, que estaban olvidados y perdidos. Todas las personas mayores, aunque no lo sospechen, van a la búsqueda del pasado, de lo aparentemente irrecuperable, pero que no ha pasado de un modo irrecuperable y absoluto, pues en determinadas circunstancias, por ejemplo a través de la poesía, se recupera y se arranca para siempre del olvido.

De «Engadiner Erlebnisse», 1953

LA VERDAD ES UN ideal típicamente juvenil, mientras que el amor es cosa de la persona madura y de quien a su vez se esfuerza por estar preparado para la descomposición y la muerte. Entre las personas de pensamiento, el entusiasmo por la verdad sólo cesa cuando han observado que el hombre está extraordinariamente mal dotado para conocer una verdad objetiva, hasta el punto de que la búsqueda de la verdad no puede ser la actividad propiamente humana. Pero incluso quienes nunca llegan a tales intuiciones hacen el mismo viraje en el curso de la experiencia inconsciente. Tener la verdad, llevar razón, poder distinguir con precisión el saber, el bien y el mal, y en consecuencia poder y deber juzgar, castigar, condenar, hacer la guerra, son cosas juveniles y algo que encaja perfectamente bien con el joven. Uno se hace mayor y persiste en esos ideales, se marchitan esas facultades, de todos modos ya no violentas, para «despertarse» y para conjeturar sobre la verdad sobrehumana que los hombres poseemos.

La vejez y la esclerosis hacen progresos, a veces la sangre no quiere seguir corriendo de forma tan normal a través del cerebro. Pero esos males acaban teniendo también su lado bueno; ya no se acepta todo de forma tan clara y apasionada, se pasa de largo sobre muchas cosas, ya no se acusan muchos golpes o alfilerazos, y una parte del ser que en tiempos se llamaba yo, ya está allí donde pronto se instalará el todo.

Sentimos curiosidad por conocer las enseñadas no descubiertas del Mar del Sur, los polos de la Tierra, la comprensión de los vientos, las tormentas, los rayos, los aludes..., pero estamos infinitamente más interesados en la muerte, en la suprema y más audaz vivencia de esta nuestra existencia terrena. Porque creemos saber que de todos los conocimientos y vivencias sólo los bien merecidos y satisfactorios pueden contar para que entreguemos la vida de buena gana.

Cuando uno envejece y ha realizado su obra, tiene en su mano el alegrarse por la paz de la muerte. No necesita de las personas; las conoce y las ha visto lo suficiente. Lo que necesita es tranquilidad. No es oportuno visitar a una persona así, dirigirle la palabra y atormentarlo con parloteos. Conviene pasar

de largo por la puerta de su estancia, cual si fuera la vivienda de nadie.

## **IMAGEN ANTIQUÍSIMA DE BUDA DESMORONÁNDOSE EN EL DESFILADERO DE UN BOSQUE JAPONÉS**

Apacible y demacrado, de muchas lluvias  
y de muchos hielos víctima, verdes de musgos,  
tus suaves mejillas, tus grandes párpados caídos  
marchan tranquilos al encuentro de la meta,  
de la desintegración voluntaria, del deshacerse  
en el todo, en lo disforme infinito.

Aún se anuncia el gesto desvanecido  
de la nobleza de tu misión regia  
y busca ya en humedad, fango y tierra,  
libre de las formas, la consumación de su sentido.

Mañana será raíz y murmullos del follaje,  
agua será para espejar la pureza del cielo,  
se rizará en hiedra, algas y helechos...

Imagen de todo cambio en la eterna unidad.

## PARÁBOLA CHINA

UN ANCIANO DE nombre Chunglang, es decir, «Maestro Peñas», poseía un pequeño terreno en los montes. Un día sucedió que perdió uno de sus caballos. Acudieron entonces sus vecinos para expresarle su sentimiento por aquella desgracia.

Pero el anciano preguntó: «¿Cómo pretendéis saber que eso es una desgracia?». Y hete aquí que algunos días después apareció el caballo acompañado de toda una manada de potros salvajes. De nuevo comparecieron los vecinos para darle sus parabienes por aquel golpe de fortuna.

Pero el anciano del monte replicó: «¿De dónde pretendéis saber que eso es un golpe de fortuna?».

Al disponer de tantos caballos el hijo del anciano empezó a cultivar una afición por la monta, y un día se rompió una pierna. Una vez más acudieron los vecinos para expresarle su condolencia y una vez más les respondió el anciano: «¿Cómo pretendéis saber que eso es una desgracia?».

Al año siguiente apareció en los montes la comisión de «Los hombres grandotes», con el fin de escoger varones vigorosos para el servicio de botas del Emperador y como portadores de la silla de mano. No escogieron al hijo del anciano, que continuaba con su pierna rota.

Chunglang no pudo menos que sonreír.

## **EL DEDO LEVANTADO**

El Maestro Djü-dshi era, según se nos cuenta,  
de natural tranquilo y manso y tan modesto  
que renunció por entero a la palabra y enseñanza,  
pues la palabra es apariencia, y preocupado estaba  
por evitar cualquier apariencia.

Cuando muchos estudiosos, monjes y novicios,  
gustosos se entregaban a discutir en lenguaje noble  
y agudo el sentido del mundo y el bien supremo,  
él se mantenía silencioso y vigilante,  
atento siempre a evitar cualquier exceso.

Y cuando acudían a él con sus preguntas,  
tanto las fútiles como las graves, sobre el sentido  
de las viejas Escrituras, el nombre de Buda,  
la iluminación, el origen del mundo  
y su destrucción, permanecía en silencio  
señalando sólo suavemente con el dedo hacia arriba  
cada vez más íntimo y monitorio: hablaba,  
enseñaba, alababa, castigaba, señalando tan certero  
al corazón del mundo y de la verdad, que luego  
muchos jóvenes entendieron el silencioso  
levantamiento del dedo, temblaron y despertaron.

NOSOTROS HEMOS vivido la desgracia y la enfermedad, hemos

perdido amigos con la muerte, y la muerte no sólo ha llamado desde fuera a nuestra ventana, se ha adentrado también en nuestro trabajo y ha hecho progresos. La vida, que antes era tan autónoma, se ha convertido en un bien precioso, siempre amenazado, la posesión autónoma se ha transformado en un préstamo de incierta consistencia.

Pero el préstamo con un plazo de despedida impreciso no ha perdido en modo alguno su valor, sino que su carácter aleatorio más bien lo ha elevado. Amamos la vida hoy como ayer y queremos mantenernos fieles a la misma, entre otras cosas por motivos de amor y de amistad, que como un vino de buena cepa con los años, lejos de mermar, crece en su contenido y valor.

Mantengo con la muerte la misma relación que antes, ni la odio ni la temo. Si alguna vez he pretendido analizar con quién y con qué me gustaría tener trato más frecuente e íntimo después de con mi mujer y con mis hijos, pronto me he dado cuenta de que hay muertos leales, muertos de todos los siglos, músicos, poetas, pintores. Su manera de ser, condensada en sus obras, persiste y para mí es mucho más presente y real que la mayor parte de mis coetáneos. Y lo mismo ocurre con los difuntos, que he conocido en vida, a los que he amado y he perdido, a mis padres y a mis hermanos, a mis amigos de juventud, que forman parte de mí y de mi vida, hoy como ayer, cuando vivían, pienso en ellos, sueño con ellos y con ellos cuento en mi vida diaria. Así, pues, esa relación con la muerte no es ninguna ilusión ni es una bonita fantasía, sino algo real que pertenece a mi vida. Conozco bien el luto por el pasado, que puedo sentir con cada flor que se marchita. Pero es un luto sin desesperación.

Cómo entonces todos desaparecen tan poco a poco y al final se tienen muchos más cercanos y allegados «al otro lado» que aquí, de repente uno está personalmente más interesado por ese más allá y olvida el miedo, que tiene el todavía firmemente rodeado.

Los que se han marchado continúan vivos con nosotros mediante la realidad esencial con la que influyeron sobre nosotros. A veces hasta podemos hablar con ellos, aconsejarnos con ellos y obtener su consejo mejor que con los vivientes.

Toda carrera, tanto hacia el sol como hacia la noche, conduce a la muerte, conduce al nuevo nacimiento, cuyos dolores teme el alma. Pero todos recorren el camino, todos mueren, todos nacen, porque la madre eterna los da eternamente a luz.

## **TODAS LAS MUERTES**

Yo he pasado ya por todas las muertes,  
quiero volver a morir todas las muertes,  
morir la muerte de la madera en el árbol,  
morir la muerte pétreo en el monte,  
la muerte de barro en la arena,  
la muerte de las hojas en la crepitante hierba veraniega  
y la pobre y sangrienta muerte humana.

Quiero volver a nacer flor,  
quiero volver a nacer árbol y hierba,  
pescado y ciervo, pájaro y mariposa.

Y desde cada forma  
un anhelo me arrebatará los peldaños  
hasta los últimos sufrimientos,  
hasta los sufrimientos del hombre.

¡Oh, arco tenso y tembloroso,  
cuando el puño terrible del anhelo  
pretende doblegar mutuamente  
los dos polos de la vida!

A menudo y con renovada presencia  
me expulsarás de la muerte al nacimiento  
camino doloroso de las estructuraciones,  
camino soberano de las estructuraciones.

UNA AGONÍA es también un proceso vital, no menos que un nacimiento, y a menudo ambos se pueden intercambiar.

Dolor y lamento son nuestra primera respuesta natural a la pérdida de una persona querida. Nos ayudan a través del primer luto y necesidad; pero no bastan para vincularnos con el muerto.

Eso lo hace en un estadio primitivo el culto funerario: ofrendas, ornamentación sepulcral, monumentos, flores. Pero en nuestro estadio, el sacrificio funerario tiene que realizarse en nuestra propia alma, mediante conmemoraciones, mediante un recuerdo más preciso, mediante una reconstrucción del ser querido en nuestro interior. Si lo conseguimos, el difunto continuará a nuestro lado, su imagen se salvará y nos ayudará para que el dolor sea fecundo.

## **HERMANA MUERTE**

También te llegas una vez hasta mí,  
tú no me olvidas,  
y al final es el tormento,  
y la cadena se rompe.

Todavía me pareces ajena y lejana,  
querida hermana muerte,  
que te alzas como una estrella fría  
sobre mi necesidad.

Pero alguna vez estarás cerca  
y estarás echando llamas...

Ven, querida, aquí estoy yo,  
tómame, tuyo soy.

## HACE MIL AÑOS

Lleno de inquietud y ansioso de viajes  
despertando del sueño parcelado  
escucho su manera de susurrar  
a mi bambú en la noche.

En vez de descansar, en vez de yacer,  
me arranca de los viejos caminos  
para lanzarme lejos, para salir huyendo  
y viajar hasta el infinito.

Hace mil años hubo  
una patria, hubo un jardín,  
donde en el bancal de la tumba del pájaro  
los crocos miran desde la nieve.

Me gustaría ensanchar el vuelo de los pájaros  
desde el ámbito que me rodea  
hasta más allá, hasta los tiempos  
cuyo oro brilla todavía hoy a mis ojos.

## PEQUEÑO CANTO

Poema del arco iris,  
encanto de la luz moribunda,  
felicidad que desaparece como música,  
dolor en el rostro de la Madonna,  
amargas alegrías de la existencia...  
Flores barridas por la tormenta,  
coronas depositadas sobre las tumbas,  
serenidad sin duración,  
estrella, que se hunde en la oscuridad:  
velo de belleza y luto  
sobre el abismo del mundo.

## EPÍLOGO

HERMANN HESSE pertenece a los artistas que tuvieron la suerte de llegar a viejos, de conocer así todos los estadios de la vida y poder presentarlos de una manera característica. Que un hombre de natural tan complejo y vulnerable, como él era, y con una vida de tal intensidad y productividad alcanzase la edad de 85 años, no fue algo que cayera por su propio peso. De ordinario con la dotación crece también el riesgo y con la intensidad suele asociarse la brevedad de la duración de la vida, y las más de las veces quienes se apartan de la norma y emprenden caminos propios y más independientes respecto de los impedimentos y resistencias que sus semejantes suelen presentarles, por lo general caen antes que quienes son capaces de arreglarse «con el mundo tal como es» acomodándose y sometiéndose al mismo. Al menos dos veces, una en su intento de suicidio a la edad de 14 años y más tarde, cumplidos ya los 46, en la crisis anterior a la redacción de *El lobo estepario*, no estuvo en modo alguno seguro de sobrevivir a tales depresiones, de si no tendrían un desenlace fatal y de si sus semejantes llegarían a tiempo precisamente de controlarlas.

Que Hermann Hesse sobreviviera no solo a todos sus conflictos internos, sino también a los peligros externos, las persecuciones políticas y especialmente a la amenaza que le supuso el nacionalsocialismo, se lo debió exclusivamente a su perspicacia política, que ya en 1912 lo convirtió en «el primer emigrante voluntario» (Joachim Maass) y desde 1924 en un ciudadano suizo. Quien en los testimonios personales de incontables cartas de Hesse, en forma parecida a los diarios, reconoce la oposición a menudo amarga a las tendencias de su época, se sorprende una y otra vez de todo el tiempo que fue capaz de soportar esa existencia conflictiva y lo poco que esa amargura se deja sentir en sus obras, que ponen ante los ojos no ya el tumulto del fermento sino la simplicidad a menudo desconcertante de la clarificación.

Nuestro volumen sobre la vejez se abre con las observaciones que Hesse hizo cuando tenía 43 años. Son unas impresiones sobre la primavera, el

renacimiento y renovación de la naturaleza, expuestas por un hombre que estaba a la mitad de la vida, con la conciencia de la transitoriedad y fugacidad del mundo de las apariencias, en el que se sabía inserto sin oponerse a él.

La regeneración de la vida, que se repite año tras año, no es para él ningún motivo de queja, en el sentido de que personalmente ya no se encuentra en el mismo estadio, que la naturaleza circundante muestra de forma tan brillante y esperanzadora, sino que se transforma para él en el acicate del propio cambio y regeneración. Desde largo tiempo atrás conoce la relatividad de la vejez y de la juventud, pues «todas las personas dotadas y diferenciadas unas veces son viejas y otras jóvenes, al igual que unas veces están contentas y otras tristes...». «Pero precisamente con la propia vejez no siempre se está en un peldaño, internamente a menudo uno se adelanta y, con mayor frecuencia aún, se retrasa... quiere decirse que la conciencia y el sentimiento de la vida está menos maduro que el cuerpo, y nos defendemos contra sus manifestaciones naturales reclamando de nosotros mismos algo que no podemos aportar.»

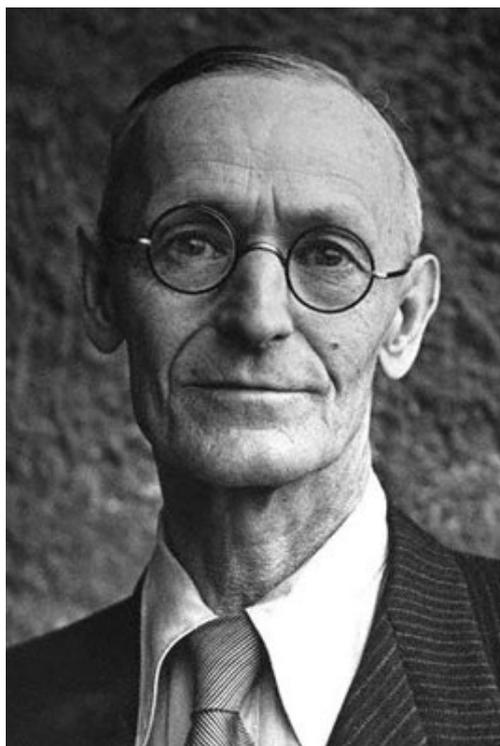
Los estériles combates de la conciencia, que se rejuvenece de crisis en crisis contra el aflojamiento del cuerpo, se dan también en Hesse. Como «hombre de cincuenta años» necesita, por una parte, de un tratamiento, mas por otra es tal el hambre de vida que lo empuja que por primera vez en su vida toma lecciones de baile, pasa las noches en bailes de máscaras, aunque simultáneamente se contempla a sí mismo con el humor macabro del que desde hace mucho tiempo se ha percatado de la inutilidad de esa huida hacia delante. Pero sólo cuando a la vez se ha vivido esa revuelta contra la progresiva desaparición de las alegrías y los placeres corporales y se ha experimentado hasta el fondo, se consigue percibir también unos procesos similares en el entorno. Si, por ejemplo, después de una tormenta las sombras de las cosas destacan un poco menos agudas y oscuras que antes al sol, los objetos pierden color y ganan en perfiles, a él le sirve como ilustración del proceso de la ancianidad. En vez del lamento por la pérdida de color y sensualidad, lo que cuenta ahora es el gozo por la agudeza de los contornos y perfiles. Y a partir de ahí ya no está lejos el conocimiento de que «la vejez no es peor que la juventud, ni Lao Tse peor que Buda, ni el azul peor que el rojo», ni que la vejez sólo puede llegar a ser ridícula e indigna «cuando pretende representar e imitar a la juventud».

Cada vez será más consciente de los aspectos amables de la vejez desde que se ha impuesto combatir por ella: el aumento de la serenidad, que nos hace más insensibles a los alfilerazos e invectivas, el depósito de

experiencias, imágenes y recuerdos del pasado, que a menudo —y gracias a la selección benéfica de la memoria— nos resulta más alegre y digno de vivir que el presente, la perspectiva de la pronta liberación de los achaques del cuerpo y la comunión con todos los amigos, con las personas queridas y veneradas, que nos han precedido en la muerte y, finalmente, la curiosidad recelosa o segura de lo que nos aguarda después. «Quizá también la hora de la muerte/ nos abra espacios nuevos y recientes/ la llamada de la vida nunca cesará en nosotros./ ¡Ea, pues, corazón, despídete y recobra la salud!»

Frankfurt del Main, abril de 1990

Volker Michels



HERMANN KARL HESSE. Poeta y novelista alemán; nació en Calw (Selva Negra) el 2 de Julio de 1877, murió en Montagnola (Suiza) el 9 de agosto de 1962. Es uno de los escritores más representativos de la Europa actual, continuador de la línea del romanticismo alemán e intérprete al mismo tiempo de los problemas de la sociedad moderna. El tema central de su obra es la inquietud del hombre en busca de su destino. Hijo de un pastor protestante, ingresó en 1891 en el seminario de Maulbronn, que abandonó al año siguiente; trabajó primero como mecánico y luego de librero. En 1903 viajó a Italia y en 1911 a la India. Vivió varios años en Berna y, desde 1919, en Montagnola, junto a Lugano. En 1946 obtuvo el premio Nobel. Las raíces espirituales de Hesse hay que buscarlas en el pietismo al que vino a unirse la experiencia del Lejano Oriente. Entre estos dos polos busca el auténtico ideal humano. Sus obras son en gran parte confesión de su interior. En su edad madura intenta armonizar los valores éticos y estéticos, la sabiduría del Oriente y la del Occidente. Su lenguaje es sencillo, fluido y musical y sabe expresar los más diversos matices del sentimiento.

Sus principales novelas son: *Peter Camenzind* (1904), historia de un vagabundo con rasgos autobiográficos; *Unterm Rad* (Bajo la rueda), 1906, en la que critica la educación escolar; *Gertrud* (1910) y *Rosshalde* (1914), que tratan del conflicto entre la vocación artística y los deberes conyugales; *Demian* (1919), que es de nuevo la historia de un joven en busca de su destino; *Siddhartha* (1922), en que varía el tema de la novela anterior

poniendo por fondo el mundo de la India; *Der Steppenwolf* (El lobo estepario), 1927, muestra como en el hombre hay dos almas: una humana y otra de lobo; *Narziss und Goldmund* (1930) representan al asceta y al esteta.

Hermann Hesse desarrolló una literatura que ha influido en millones de jóvenes. Por ejemplo, el grupo Steppenwolf (el lobo estepario) conocidos por su famoso tema «Born to be wild». Actualmente existe un grupo hardcore muy influido por el pensamiento de H. H., Stretch Arm Strong, en uno de sus últimos discos incluyeron la siguiente cita de Siddhartha:

«La mayoría de los seres humanos son como las hojas que caen de los árboles, que vuelan y revolotean por el aire, vacilan y por último se precipitan al suelo. Otros casi son como estrellas, siguen su camino fijo, ningún viento los alcanza, pues llevan en su interior su ley y su meta».

# Notas

[<sup>1</sup>] Los títulos con asterisco señalan pasajes que proceden de colecciones de textos más amplias. Los datos sobre las fuentes figuran al final de dichos pasajes. <<